
AVERÍGÜELO VARGAS

Personas que hablan en ella:

- Niño REY Don Alfonso V, rey de Portugal
- Don PEDRO, infante
- Doña FELIPA, infanta
- Don ALFONSO de Abrantes, [el gran prior]
- SANCHA
- RAMIRO
- Doña INÉS, dama
- Don DIONÍS, caballero
- Don DUARTE, caballero
- Don EGAS, caballero
- Don NUÑO, caballero
- ACUÑA, caballero
- CABELLO, pastor
- TABACO, lacayo
- Un PAJE
- ACOMPAÑAMIENTO
- CABALLEROS
- CRIADOS

ACTO PRIMERO

Por un lado Don ALFONSO [de Abrantes], SANCHA y RAMIRO. Por otro Don PEDRO, Doña FELIPA, Doña INÉS, y ACOMPAÑAMIENTO, en traje de camino

ALFONSO: Vuestra alteza, gran señor,
 sea mil veces bien venido
 a esta casa.

PEDRO: ¡Oh gran prior,
 levantaos! Que ya lo he sido,
 pues sale vuestro valor
 a recibirme hasta aquí.

Levantaos, no estéis ansí;
cubrid la noble cabeza.

ALFONSO: Déme los pies vuestra alteza.

FELIPA: Los brazos primero os di,
gran don Alfonso de Abrantes;
que los merecéis mejor.

ALFONSO: Si con premios semejantes
vuestra grandeza y valor
hace méritos gigantes
que han sido hasta aquí pigmeos,
alentará mis deseos
de modo que mi vejez
vuelva a su abril otra vez,
rica con tantos trofeos.

FELIPA: Como a mi pariente os trato
y como a prior de Ocrato,
gloria de la cruz de Rodas,
luz de las hazañas todas.

ALFONSO: Si no corta el tiempo ingrato
el hilo a mis pensamientos,
pagarán este favor
--aunque mis merecimientos
no igualen a su valor--
nobles agradecimientos
de un pecho por vos honrado.
Pero no me había acordado
de daros el parabién
del cargo, señor, que ven
estos reinos empleado
tan bien en vos. Largos años
governéis esta corona,
porque restauréis los daños
que la desdicha pregona
de sucesos tan extraños.
Que si quedó Portugal
y su corona real
huérfana y llena de luto,
cogiendo violento el fruto
el tirano universal
de nuestro rey malogrado,

porque quede consolado
y el llanto pueda enjugar,
vos quedáis en su lugar
para gobernar su estado;
 pues muerto el rey don Düarte,
señor nuestro y vuestro hermano,
nadie llenará esta parte
sino el valor soberano
que en vos el cielo reparte;
 y el niño rey, que ya está
en vuestra ilustre tutela,
en vos, gran señor, tendrá
una general escuela
en quien acrecentará
 el valor que conjeturo;
pues porque viva seguro
con el valor que merece,
venís a ser, mientras crece,
él la hiedra y vos el muro.

PEDRO: Vos sois toda la lealtad
de estos reinos, gran prior.

ALFONSO: Beso estos pies.

PEDRO: Levantad.

[Aparte SANCHA y RAMIRO]

SANCHA: (¡Ramiro, gran mirador
estáis! Llegaos más, llegad;
 que no os huele mal la moza.
El no sé qué que os retoza
en el alma, he visto ya.
¡Fuego en quien crédito os da,
y vuestras lisonjas goza!
 Pegaos otro poco a ella.)

RAMIRO: (Sancha, empieza ya.)

SANCHA: (Mi llanto.
A fe que os parece bella.)

RAMIRO: (¿A mí?)

SANCHA: (¿No? A vos. Hacedos santo;

que a fe que babeáis por ella.)

FELIPA: ¿Cómo se llama esta tierra?

RAMIRO: Momblanco, y aunque en la sierra,
fértil de pan.

Apártase SANCHA con RAMIRO

SANCHA: Mas ¡qué agudo
vais a responder! ¡Picudo,
el cuidado os hace guerra!

RAMIRO: ¿Quieres callar?

SANCHA: ¿Queréis vos
callar y no responder?

RAMIRO: Importuna estás, por Dios.
Si pregunta una mujer
tan noble...

SANCHA: ¿No hay aquí dos
que os saquen de ese cuidado?
¿O tenéis vos arrendado
el responder? ¡Ah, hi de puza!
A fe que amor os rempuza.

RAMIRO: ¡En linda locura has dado!

SANCHA: Pues ¿no es verdad?

RAMIRO: No es verdad.

SANCHA: Luego ¿la engorgollotada
no os hace en la voluntad
borbollitos?

RAMIRO: ¡Qué cansada!

SANCHA: ¿Ya os canso? Pues descansad;
que yo lloraré entre tanto.

RAMIRO: De mi paciencia me espanto.

FELIPA: ¿De qué llora esa pastora?
¿Qué tiene?

SANCHA: Aquí nadie llora.

FELIPA: ¿No he visto yo vuestro llanto?

SANCHA: No es de pena.

FELIPA: Pues ¿de qué?

SANCHA: De picar una cebolla
para una ensalada fue,

que es postillón de la olla.

FELIPA: ¿Pica mucho?

SANCHA: ¿No lo ve?

FELIPA: Hermosos ojos tenéis.

¿Y ha mucho...?

SANCHA: Bien poco ha

que me hace llorar cual veis.

FELIPA: ¿Luego aun pica?

SANCHA: Y picará

hasta que de aquí piquéis.

RAMIRO: (Sancha, tú me has de obligar

a irme de este lugar,

si no callas.)

SANCHA: (Haréis bien.)

PEDRO: Hay cortes en Santarén;

que como murió en Tomar

el rey mi hermano y señor,

y se quiere ir a Castilla

la reina doña Leonor,

sin que puedan persuadilla

mis ruegos, lealtad y amor

a que gobierne este estado,

como lo dejó mandado

el rey en su testamento,

llevando al cabo su intento,

en Santarén he llamado

a cortes, con intención

de que apruebe el rey en ellas

aquesta renunciación.

ALFONSO: Habrá oído las querellas

de algunos grandes que son

de diverso parecer,

y no dejan de tener

razón; que parece mal

que gobierne a Portugal

y se iguale una mujer

con vos, de cuya prudencia

y valor tiene experiencia

el estado lusitano.

PEDRO: Mandólo así el rey mi hermano,

que la amó por excelencia.

ALFONSO: Gobernadores extraños
 en un reino es desatino
 de que proceden mil daños.

PEDRO: Mientras el rey mi sobrino,
 que tiene solos diez años,
 crece, pues doña Leonor
 da en partirse, gran prior,
 su tutela aceptaré
 y el gobierno, porque esté
 libre el reino del temor
 en que las alteraciones
 de dañadas intenciones
 ponen su lealtad y ley,
 cuando, por ser niño el rey,
 anda la fe en opiniones.

A RAMIRO

SANCHA: (No la tienes de mirar.)

FELIPA: ¿Cuánto hay de aquí a Santarén?

RAMIRO: Diez leguas suelen contar.

SANCHA: (¡Qué presto fuiste...!)

RAMIRO: (Hago bien.)

SANCHA: (Todo es por darme pesar.
 Pues, ¡para ésta...!)

FELIPA: ¿Hay mucha caza
 por este monte?

RAMIRO: Es de traza
 que ella misma nos provoca
 entre los pies.

SANCHA: Hay tan poca
 que es necio quien se embaraza
 en buscalla; no hay mentir.

RAMIRO: (Sancha, ¿queréisme dejar?)

SANCHA: (Hete de contradecir
 en todo.)

FELIPA: ¿A quién he de dar
 crédito?

tu necesidad...)

SANCHA: (¿Rabias? Rabia,
pues yo rabio.)

RAMIRO: (Loca estás.)

PEDRO: Por dos cosas, gran prior,
he pasado por aquí.
La reina doña Leonor
parte a Castilla, y ansí
quiero que vuestro valor
la acompañe; aquésta es
la una.

ALFONSO: Beso tus pies
por merced tan singular.

PEDRO: En la villa de Tomar
está, juzgando, después
que murió el rey don Dñarte,
los días que no se parte
por siglos largos, y importa,
pues es la jornada corta,
que sea luego.

ALFONSO: El agradarte
tengo por ley; luego al punto
me partiré.

PEDRO: También vengo
a cumplir del rey difunto
una obligación que tengo,
por ser de su amor trasunto.

El mismo día que murió,
el amor me declaró
que en el abril de su edad
tuvo aquí a cierta beldad,
cuyo nombre me encubrió,
diciéndome sólo el fruto
de dos hijos, con que amor
dio a su esperanza tributo,
y de quien vuestro valor
es encubridor astuto.

Deséolos conocer
si están en vuestro poder,
porque quedan a mi cargo.

ALFONSO: De daros gusto me encargo.

Presto en ellos podréis ver
dos Apolos de quien soy
viejo y venturoso Admeto,
y con quien alegre estoy;
que por guardar el secreto
que el rey me mandó, hasta hoy,
disfrazados de pastores,
dan a estos valles amores,
gloria a su padre real,
y esperanza a Portugal
de otras hazañas mayores.

PEDRO: Que me los mostréis aguardo.

ALFONSO: Pues mirad aquel mancebo,
gran señor, que al gabán pardo
da, aunque tosco, valor nuevo.

PEDRO: No he visto hombre más gallardo.

ALFONSO: Testigos son estos robles
de que las arrugas dobles
del novillo más cerril
a su esfuerzo varonil
han dado despojos nobles.

Ya se ha visto entre sus brazos
rendir el oso fornido
la vida, hecho mil pedazos,
y hacer lo que no han podido
venablos, trampas ni lazos.

PEDRO: Tras él se me van los ojos.

ALFONSO: Pues si a quien de mis enojos
es consuelo ver queréis,
porque desde hoy no envidiéis
del sol los cabellos rojos,
mirad en la tierna edad
de aquella niña discreta
la peregrina beldad
en cifra, porque os prometa
milagros su habilidad.

PEDRO: ¡Bella rapaza! ¿Y qué años
tiene?

ALFONSO: Trece, aunque en engaños

lo que sé, por saber quien
sabe que sé, en esta empresa,
que no sois hombre de bien.

FELIPA: Niña, ¿quién te mete aquí?

SANCHA: El diablo y yo nos metemos
(y el fuego que vive en mí).

RAMIRO: (¿Quieres dejar, Sancha, extremos?)

SANCHA: (¡Ah, falso! ¿Pagas así
lo que me debes?)

RAMIRO: (Por Dios,
que te adoro, Sancha mía.)

SANCHA: (Yo me vengaré de vos,
Ramiro ingrato, algún día.)

A don ALFONSO

PEDRO: ¿No saben que son los dos
hermanos?

ALFONSO: No, gran señor,
aunque anda buscando Amor
varias trazas y rodeos
para explicar sus deseos,
porque no ama al resplandor
tanto el que alumbra los cielos,
como el que a Ramiro enseña
Sancha.

PEDRO: Luego ¿éstos son celos?

ALFONSO: Sí serán.

PEDRO: Pues ¿tan pequeña?

ALFONSO: Los amorosos desvelos
de sospechas semejantes
en Portugal crecen antes
que en otra parte.

PEDRO: Es así,
que todos nacen aquí
tan celosos como amantes.

FELIPA: Discreto sois.

SANCHA: Vos mentís,
con perdón de los urracos

y arrequives que os vestís;
que nunca son los bellacos
discretos; y si decís
lo contrario, salí acá.

ALFONSO: Sancha, ¿qué es esto?

SANCHA: Será;
que ahora no es nada.

ALFONSO: Atrevida,
¿cómo sois descomedida
con quien honrándoos está?

SANCHA: ¿Quién me puede honrar a mí?

ALFONSO: La infanta.

SANCHA: Infanta o infanto,
guarde la honra para sí;
que yo sola valgo tanto
y más que ella.

ALFONSO: ¿Quién? ¿Vos?

SANCHA: Sí.
¿No somos acá personas,
aunque andemos sin valonas,
libres las caras de mudas,
y sin sayas campanudas,
como aquesas fanfarronas?
¿Ella a mí había de honrar,
porque trae una botica
en la cara que alquilar,
y se remilga y achica
la boca cuando ha de habrar?

PEDRO: (Donaire tiene, por Dios.)

ALFONSO: Idos de aquí.

SANCHA: Pues los dos
se quedan, tome, doncella,
esta higa para ella,
y estas cuatro para vos.

*Retírase, quedándose escondida a un
lado*

PEDRO: Notable gusto me ha dado

la rapaza.

ALFONSO: Es, gran señor,
la misma sal.

PEDRO: En estado
y edad está, gran prior,
Ramiro de ser honrado.
Tenerle en mi casa quiero
en traje de caballero
sin declaralle quién es.

ALFONSO: Todo el valor portugués
hallarás en él.

PEDRO: Primero
que os partáis, me le enviaréis
a Santarén, sin decille
lo que en aquesto sabéis.
Haced primero vestille
galas nobles.

FELIPA: No queréis
a la pastora, Ramiro,
mal, aunque si bien lo miro,
mejor os quiere ella a vos.

SANCHA: (Para ver lo que los dos
hablan, aquí me retiro;
que no puedo sosegar
desde que vino a mi casa
esta infanta o mi pesar;
que ni sé lo que me abrasa,
ni en lo que esto ha de parar.)

RAMIRO: Hasta agora no he hecho cuenta
de amor que gustos violenta.

FELIPA: Yo sé que la queréis.

RAMIRO: ¿Yo?

Saliendo

SANCHA: Si nos queremos o no,
a Dios daremos la cuenta.

FELIPA: ¿Quién os mete, bachillera,
aquí donde nadie os llama?

SANCHA: Yo, que en aquesta quimera,
si los dos urdís la trama,
quiero ser la lanzadera.

Traidor, el huésped se irá,
y...

ALFONSO: Sancha, salíos allá.
¡Ea!

FELIPA: Ved si os quiere bien.

SANCHA: ¿Sí? De fuera vendrá quien
de casa nos echará.

Vase

PEDRO: Ya es hora que nos partamos.

ALFONSO: Honrad mi casa primero
esta noche sola.

PEDRO: Vamos
de priesa; a la vuelta quiero
que más despacio veamos
las muchas curiosidades
que entre aquestas soledades
vuestro quieto gusto pinta;
que me alaban esta quinta
cuantos la ven.

ALFONSO: Novedades
agradan.

PEDRO: Porque os partáis,
ved que la reina os espera.

ALFONSO: Siempre que vos me mandáis,
señor, estoy en mi esfera,
y pues vos me lo encargáis,
hoy me partiré.

PEDRO: En vos miro
la lealtad misma; a Ramiro
me enviad a Santarén
como os he dicho.

ALFONSO: Está bien.

Sale al paño SANCHA

SANCHA: (Aunque no quiero, suspiro.
Ciego Amor, ¿a qué salís
acá?)

ALFONSO: Trueque vuestra alteza
por el maestrazgo de Avís
que honra el pecho, a la cabeza
la corona que regís;
y vos, señora, gocéis
un monarca por esposo
al paso que merecéis.

FELIPA: Don Alfonso valeroso,
para que esperimentéis
lo que os quiero, deseareé
lo que vos me deseáis.

ALFONSO: Larga vida el cielo os dé.

RAMIRO: Triste a Momblanco dejáis.

FELIPA: Basta, Ramiro, que esté
alegre vuestra pastora.

SANCHA: (¡Que estos pesares me den!
¡No fuera yo infanta agora!)

FELIPA: Id a a verme a Santarén.

SANCHA: (Si fuere, vaya en mal hora.)

A don ALFONSO

PEDRO: (No sé quitar de los dos
los ojos.)

SANCHA: (Yo me consumo,
¡y holgaos, Ramiro, vos!)

PEDRO: Vamos.

SANCHA: (¡La ida del humo
o del cuerno, plegue a Dios!)

*Vanse don PEDRO, doña FELIPA, don ALFONSO,
doña INÉS, y el ACOMPAÑAMIENTO*

SANCHA: Ya los huéspedes se han ido,
traidor, ingrato, sin fe,
perrillo de muchas bodas,
moro que no guardas ley;
ya los huéspedes se fueron;
solos estamos.

RAMIRO: Pues bien,
que se vayan o se queden,
¿qué hay de nuevo?

SANCHA: ¡Ingrato! ¿Qué?
¿Qué preguntas, cuando sabes
que me abrasa un no sé qué
el alma, y que no sé cómo
me ha hechizado un no sé quién?
¿No sabes tú que a los pechos
del ciego dios me crié,
que en vez de leche da brasas
a los niños como él?
Trece años tengo, traidor,
y trece años ha, cual ves,
que mi amor se está en sus trece
desde mi primero ser.
Nací amándote, villano,
pues me han dicho más de tres
que antes que aprendiese a hablar,
aprendí a quererte bien.
El ama que me dio leche
me dijo, falso, una vez
que para acallar mi llanto,
las que en tu ausencia lloré,
el remedio era llevarme
donde te pudiese ver.
¡Mal haya amor tan antiguo!
Mas ¿qué más mal que un desdén?
Crecí un poco, y creció un mucho
el fuego en que me abrasé,
que según lo que se enciende,
de cáncer debe de ser.
Los juegos con que otros niños
se suelen entretener,

eran en mí el adorarte;
¡ay cielos, qué mal jugué!
No hallaba sino en tus ojos
pasatiempos mi niñez;
mis muñecas son sus niñas,
que me hechizan si me ven.
Este es mi amor, cruel Ramiro,
y ese tu injusto pago es;
mas quien a tramposos fía,
que no cobre será bien.

RAMIRO: Sancha, ¿qué agravio[s] te he hecho,
para que esas quejas des?
¿Qué desdenes te dan pena?
¿Qué palabras te quebré?
Yo, Sancha, pues no lo sabes,
si hasta aquí te quise bien,
fue quererte como a niña,
pero no como a mujer;
que para eso aun es temprano,
y todos cuantos te ven
no te aman por lo que eres,
sino por lo que has de ser.
Mi inclinación natural,
aunque entre el tosco buriel
nací, sin saber quién soy
ni quién fue quien me dio el ser,
me fuerza a ser cortesano,
y apenas mi ojos ven
una dama de palacio,
o un fidalgo portugués,
cuando se me inquieta el alma,
y he menester que a los pies
ponga grillos la prudencia,
porque no corran tras él.
Vino el infante don Pedro
a esta casa de placer,
trujo a la infanta su hija
consigo, a verla llegué,
preguntóme algunas cosas,
respondí por ser cortés;

parecióte, Sancha, mal,
y parecióme muy bien.
Siempre fuiste, sino entonces,
discreta en tu proceder,
sino es hoy que, de liviana,
pesada has venido a ser.
Te enfadó mi inclinación
cortesana; el parecer
de doña Felipa hermosa,
en cuya cara miré
rosas, coral, perlas, nieve,
obligado me ha a que esté
triste, Sancha, y pensativo.
¡Oh, quién pudiera ser rey,
si hay reyes con tantas partes
que lleguen a merecer
el sol, solo en la hermosura,
que rayo de mi amor fue!

SANCHA: ¿En mi presencia, traidor,
con el villano pincel
de tu lengua falsa pintas
por sol lo que sombra fue?
¿La libertad, necio, rindes
a hermosuras de alquiler,
que se venden por las tiendas,
y disfraza el interés?
¿Sol llamas rostros de corte
que aun no merecen traer
pasas del sol, pues las pasas
de lejía andan en él?
¿Agora niegas, mudable,
deudas de amor, porque ves
que no hay testigos de vista,
por ser ciego el mismo juez?
Trece años ha que eres mío;
las voces me han de valer,
pues la razón no me vale.
¡Señores! ¡Aquí del rey!
Que me roban en poblado
un corazón que gané

en trece años de servicio.
¿No hay Dios? ¿No hay justicia y ley?
¡Aquí de amor! Que ha venido
a robarme una mujer
una alma que me ha costado
otra alma que le entregué.

RAMIRO: ¿Qué alboroto es éste, Sancha?
Vuelve en tí.

SANCHA: Pues vuelvemé
a ti mismo; que sin ti
mal en mí podré volver.

RAMIRO: Lo mejor será dejarte;
que estás loca.

SANCHA: Verdad es;
que no hay amante de veras
que sea cuerdo y quiera bien.
¡Ah de Momblanco! ¡Pastores,
tenelde, corred tras él!
No te has de ir.

Tiénele

RAMIRO: No has de dar gritos.

SANCHA: Pues quédate y callaré.

RAMIRO: Hasme hoy enojado mucho,
y por eso me vengué.

SANCHA: Luego ¿esto sólo es venganza?

RAMIRO: Sí, Sancha.

SANCHA: ¿Y no amor?

RAMIRO: No, a fe;
que te adoro, niña mía.
(Ansí la sosegaré.)
Dame esa mano.

SANCHA: No quiero.

RAMIRO: Pues iréme.

SANCHA: Vayasé.

RAMIRO hace que se va

Volved acá, el escudero;
no seáis tan descortés.
¡Qué bien hacéis del señor!
¡Ah, mal fuego os queme, amén!

Sale CABELLO

CABELLO: Ramiro, señor os llama
más ha de un hora.
RAMIRO: Voy, pues.
SANCHA: ¿Habéis de enojarme más?
RAMIRO: Nunca más.
SANCHA: ¿Queréisme bien?
RAMIRO: Con el alma.
SANCHA: ¡Ay hechicero!
RAMIRO: ¡Ay brinco de oro!
SANCHA: ¡Ay vergel
del amor!
RAMIRO: ¡Ay rosa suya!
SANCHA: ¡Ay mi Ramiro!
RAMIRO: ¡Ay mi bien!

Vanse RAMIRO y CABELLO. Sale TABACO llorando

TABACO: Sancha, vos que sabéis tanto,
aunque tan niña y pequeña
que algún dimuño os enseña,
o nacistes por encanto,
si sabéis, dadme unos pocos
de quillotros para amar.
SANCHA: Pues ¿un hombre ha de llorar?
TABACO: No es llanto éste.
SANCHA: Pues ¿qué?
TABACO: Mocos.
Echadme una melecina
para que sepa querer.
SANCHA: ¿Qué hay de nuevo?

TABACO: Heis de saber
que cada vez que a Marina
topo, y me topa ella a mí,
sin bastar pretina o cincha,
el diablo se me emberrincha
en el cuerpo.

SANCHA: ¿Cómo así?

TABACO: ¿Qué sé yo? Topéla ayer
par de la huenta y topóme,
rempucéla, y rempuzóme,
miréla, y volvióme a ver;
comenzóse a descalzar
las chinelas, y tiréselas,
arrojómelas, y arrojéselas,
y tornómelas a arrojar.

Yo no sé si es enfición
aquésta o qué diablo se es,
que, en fin, vengo a que me des,
si sabes, una lición
de amalla, o de aborrecella;
que no falta cosa alguna
si echarnos de la tribuna,
para que apriete con ella.

SANCHA: Tabaco, no es para bobos
esto de amar.

TABACO: Ya lo veo;
pero si aqueste deseo
me hace en el alma corcovos,
¿qué he de hacer?

SANCHA: Dalla a entender
que la quieres.

TABACO: Ya imagino
que lo sabe; en el molino
nos topamos anteayer
y, parando la pollina,
la pellizqué so el sobaco.

SANCHA: ¿Y qué dijo?

TABACO: "Jo, Tabaco",
y díjele: "Arre, Marina".
Y volviéndome una coz,

me puso tal, que el barbero,
a no prestarme un braguero,
ya hubiéramos hecho choz
en la huesa.

SANCHA: ¡Bueno quedas!

TABACO: Sancha, enseñalda a querer
y decid, si la heis de ver,
que tenga las patas quedas.

Sale CABELLO

CABELLO: Tabaco, alto, quita el sayo;
que no has de ser más pastor.

TABACO: ¿No? ¿Quién lo manda?

CABELLO: Señor.

TABACO: Pues bien, ¿qué he de ser?

CABELLO: Lacayo.

TABACO: ¿Qué es lacayo, si alcanzallo
puedo?

CABELLO: Gran cosa, a mi ver.

TABACO: ¿Cómo?

CABELLO: Es en palacio ser
de la boca del caballo.

TABACO: Pues ¿he de ser freno?

CABELLO: No,
sino que en cualquier posada
le has de dar paja y cebada.

TABACO: ¿Que es aqueso ser lacayo?

CABELLO: Sí, Tabaco; este vestido
fue primero de Melchor,
lacayo del gran prior,
y tú su heredero has sido.
¡Ea!, que has de ir con Ramiro,
que en traje de caballero
va a Santarén.

TABACO: Pues ¿qué espero?

SANCHA: ¿Cómo? (Mis desdichas miro.)
¿Quién dices que a Santarén
va?

[CABELLO]: Ramiro, que ha trocado
el sayo tosco y pesado,
por más que le estaba bien,
con las cortesanas galas,
con que ha hurtado, Sancha mía,
al amor la bizarría,
y al sol las doradas alas.
Envíale el gran prior
al infante con un pliego.

SANCHA: (Celos, echad leña al fuego,
creced con celos, amor,
sospechas, dad en el blanco
del temor que el alma espanta.
¿Ramiro va a ver la Infanta?
Dejad, pues, Sancha, a Momblanco;
que no está ausente amor bien
en los peligros que miro.
Si a Santarén vais, Ramiro,
Sancha ha de ir a Santarén.)

Vase

CABELLO: ¡Ea!, vístete.

TABACO: ¿Qué son
éstas?

CABELLO: Tienen muchos nombres;
calzas las llaman los hombres,
los discretos, confusión,
las hembras, abigarradas,
las lavanderas, gregorias,
los bobos, ruedas de norias,
y los niños, rebanadas
de melón.

TABACO: ¿Hay más salidas
y entradas?

CABELLO: ¿No te desnudas?

TABACO: Sí; vestidme estas azudas,
si es que andar pueden vestidas.
¿Qué son aquestos?

TABACO: Zapatos
al uso, con que remudes.

CABELLO: Pensé que eran ataúdes,
según son grandes. ¡Qué chatos
que están! ¡Aho!

CABELLO: Son alcahuetes
que encubren bellaquerías.

TABACO: ¡Jesús!

CABELLO: Pues ¿no lo sabías?

TABACO: No. ¿Qué encubren?

CABELLO: Los juanetes.

TABACO: Y esto ¿qué es?

CABELLO: Puños y cuello.

TABACO: Cuello y puños hay en mí.
¿No son puños éstos?

CABELLO: Sí.

TABACO: ¿Y esto no es cuello, Cabello?

CABELLO: Sí.

TABACO: Daldos a los dimuños,
que no los he menester.

CABELLO: Acostúmbranse a traer
en el cuello y en los puños,
y de ellos toman el nombre.

TABACO: ¿Y éstas, con tantas arrugas?

CABELLO: Son lechuguillas.

TABACO: ¿Lechugas?
Harán ensalada a un hombre.
Ven, que acá me vestiré.
Sólo en verlas me desmayo.
¿Que todo esto trae un lacayo?
¡Jesús mil veces!

CABELLO: ¿De qué
te santiguas, mentecato?

TABACO: De ver todo este aparejo,
y de que puede her consejo
el puebro en este zapato.
¿Mas que me han de dar matraca?
¿No es mejor andar desnudo,
que no calzarse un menudo,
con tanta panza de vaca?

*Vanse. Salen don ALFONSO, don NUÑO, RAMIRO,
de galán, SANCHA, CRIADOS*

NUÑO: Un enano, señor, llevo
al rey niño, con que tenga
pasatiempo y se entretenga,
tan pequeño, que me atrevo
a decir que con tener
veinte años, no os llegará
a la rodilla; ya está
dos leguas de aquí, y con ser
tan pequeño como cuento,
en la proporción y el talle
es tan galán que envidialle
pueden, señor, más de ciento,
porque no excede en grandeza
en brazos, manos, ni pies;
todo un brinco de oro es
en el cuerpo y la cabeza.
Cayó en el camino malo,
y gustaré que se cure
aquí, donde se asegure
su salud y su regalo,
porque sé que ha de gustar
mucho el rey de él, os prometo;
que es muy agudo y discreto.

ALFONSO: Aquí le podéis dejar,
don Nuño; que aunque me parto
a Castilla, en casa queda
gente que cuidar de él pueda;
aposéntese en mi cuarto.

NUÑO: Pues yo, señor, voy por él;
que en Momblanco y su quietud
presto cobrará salud.

ALFONSO: Aquí tendrán cargo de él.

Vase don NUÑO

SANCHA: (Pues mi Ramiro se va,
aunque dice ha de volver,
aqueste enano ha de ser
ocasión, si en casa está,
de algún amoroso enredo.)

ALFONSO: Luego quiero que te partas,
Ramiro, con estas cartas
a Santarén.

SANCHA: (Muerta quedo.)

ALFONSO: Di al infante como estoy
de camino, y que a Tomar
pienso mañana llegar.

RAMIRO: (¡Cielos! ¿Que a la corte voy?
¡Ea!, deseo arrogante,
seguid vuestra inclinación
y, pues tenéis ocasión,
llegad y hablad al infante.
No piséis los montes más
ni vistáis sayal grosero;
ya parezco caballero;
vileza es volver atrás.
El infante es noble y franco;
seguiréle si quisiere;
y aunque no quiera, no espere
volver a verme en Momblanco.

SANCHA: Después acá que vestido
estáis de Corpus, ¿no habláis?

RAMIRO: ¡Ea!, Sancha, ¿qué me mandáis
que os traiga de allá?

SANCHA: El sentido
y el alma que en un abismo
de pesares acomodo,
y si queréis traello todo,
traeos, Ramiro, a vos mismo.

ALFONSO: ¡Ea!, Sancha, adiós, adiós;
no lloréis.

SANCHA: ¿No he de llorar,
viéndoos, señor, apartar,
y perdiéndoos a los dos

en un punto?

ALFONSO: No hayáis miedo
que Ramiro tarde mucho.

SANCHA: (¡Con qué de sospechas lucho!
¡Con qué de pesares quedo!)

RAMIRO: ¿No me abrazáis?

SANCHA: ¡Que sea tanta
mi desdicha! (¡Oh, quién los ojos
os sacara!)

RAMIRO: (¿Por qué enojos?)

SANCHA: (Porque no vieses la infanta.)

RAMIRO: (Con su nombre me molestas.)

*Salen TABACO, vestido de risa, metido en una calza
todo el cuerpo, y CABELLO*

TABACO: No sé cómo puedo andar.

RAMIRO: ¿Qué es eso, loco?

TABACO: Llevar
dos mil lacayos a cuestras.
Vamos; que no ha sido poco
el acertarme a poner
tanto andrajo. ¿Qué hay que hacer?
¿No picamos?

ALFONSO: ¿Estás loco?

TABACO: Si me has puesto en esta jaula,
claro está que loco estoy;
ven, que tu Gandalín soy,
y tú mi Amadís de Gaula.

La mitad de este vestido
puedes dar a otro; que yo
suficientemente vo
en una calza embutido.

Este laberinto chato
será bien que a otro le des,
porque a mí para ambos pies
me basta aqeste zapato.

ALFONSO: Vestilde allá.

TABACO: ¡Las quimeras

que hay en este encantamiento!

CABELLO: Vamos.

TABACO: Parezco jumento,
pues llevo las aguaderas.

ALFONSO: ¡Ea!, adiós.

RAMIRO: Adiós, mi bien.

ALFONSO: No lloréis más.

SANCHA: Es en vano.

ALFONSO: Vamos.

SANCHA: (¿Mas si aqueste enano
me llevase a Santarén?)

Vanse. Sale don DIONÍS

DIONÍS: Quien hereda el valor y la prudencia
con la nobleza y sangre lusitana
del griego ilustre en fama y experiencia,
tan celebrado por su edad anciana,
no se deje vencer de la inocencia
de un niño rey, por la pasión tirana
de quien pretende gobernar su estado,
que no puede del rey ser gobernado.

Sale don DUARTE

DUARTE: (El que tuviere discreción, nobleza,
valor y aliento en su invencible pecho,
no se deje rendir de una flaqueza,
aunque piadosa, sin ningún provecho.
Pide el gobierno heroica fortaleza,
y dice la experiencia, que se ha hecho
de lastimosos daños, que proceden
de que tan niños príncipes hereden.)

Sale don EGAS

EGAS: (Quien de razón ni de experiencia larga

no hiciere estima o pierde la memoria,
y de estos reinos el gobierno encarga
a un tierno niño, eclipsará su gloria.
Si es la corona tan pesada carga
que al fin la llama la romana historia
un muro en la cabeza, no está el muro
en la de un niño rey firme y seguro.)

DIONÍS: Don Egas...

EGAS: Don Dionís...

DIONÍS: Pues, don Düarte,
¿qué forzosa ocasión os trae confuso?

DUARTE: No quisiera ser voto o tener parte
en quien a un niño la corona puso.
Llama Platón, como prudente, al arte
de gobernar por experiencia y uso,
el arte de las artes, y no puede
ser un niño tan docto que la herede.

DIONÍS: Esa misma razón me trae suspenso,
si me vine enfadado de la sala,
pues tan pequeño príncipe, no pienso
que a la grandeza de este reino iguala;
y por enigma del cuidado inmenso
del gobierno real pinta y señala
el griego un instrumento no templado,
que es más difícil gobernar su estado.

EGAS: El infante don Pedro, del rey muerto
hermano valeroso, aunque segundo,
tiene este reino, confiado y cierto
que puede y sabe gobernar el mundo.
Llegue esta nave a tan seguro puerto,
pues en el golfo de este mar profundo
la dejó nuestro rey; que no es mi voto
que sea un niño su real piloto.

DIONÍS: Creyóse que en las cortes que se han hecho
viniese a ellas el señor infante
a tomar la corona con el pecho
que se la ofrece reino semejante;
mas él, fundado en natural derecho
de tierno amor y de piedad constante,
quiere que herede don Alfonso el quinto,

y no pued[a] salir del laberinto[.]

[E]l reino junto en votos dividido
salió, y dejó la causa sin sentencia,
por si fuese el infante persuadido
con razones que enseña la experiencia.

EGAS: Al cielo santo le suplico y pido
abra los ojos de su real prudencia
al infante don Pedro, que reciba
el noble reino, y largos años viva.

Sale ACUÑA

ACUÑA: Caballeros ilustres y leales
del reino más ilustre, leal y santo
que mira con sus ojos inmortales
el sol hermoso que os envidia tanto,
parece, si no mienten las señales,
que con recelo, con temor y espanto
os retiráis, cuando el señor infante
muestra la fe de su valor constante.

El reino le ofrecistes a su alteza,
como tío del príncipe heredero,
temiendo de su edad que su cabeza
no puede sustentar un muro entero;
mas el infante, cuya real nobleza
le muestra descendiente verdadero
de sus heroicos padres, no permite
que al legítimo dueño se le quite.

Y yo, que del infante valeroso
antiguo y noble consejero he sido,
estoy de su constancia más glorioso
que si hubiera en el África vencido;
y ansí os vengo a pedir, reino famoso,
que estiméis su valor, y sea servido
el niño rey, en cuya tierna mano
le pongáis este reino lusitano.

DIONÍS: Pues ¿cuántos reinos en la edad pasada,
por ser de niños reyes gobernados
con ajena prudencia y corta espada,

perdieron con los reyes los estados?
Tenemos toda el África alterada,
los furiosos alárabes, cansados
de nuestras nobles armas, deseosos
de, hallando esta ocasión, salir furiosos.

Sale don PEDRO

PEDRO: Pues don Düarte, don Dionís, don Egas...

DUARTE: ¡Oh poderoso rey!

PEDRO: Humilde infante;
que, no rendido de ambiciones ciegas,
estimo en más renombre semejante.

DIONÍS: Si con los ojos de prudencia llegas
a mirar, gran señor, cuán importante
es tu grandeza y tu real persona,
recibe de este reino la corona.

 No serás el primero infante, hermano
del muerto rey, que su corona herede,
cuando no deja valerosa mano
en quien el reino con firmeza quede.

DUARTE: Legítimo heredero, y no tirano,
es el hermano, y preferir se puede
por su edad y prudencia al hijo amado,
cuando le faltan para el mismo estado.

DIONÍS: Salimos de la sala mal contentos
de tu resolución, aunque piadosa,
dañosa al reino y cuerdos sentimientos
de la más parte, ilustre y generosa.

EGAS: Favorece, señor, nuestros intentos;
niño es el rey, la pérdida forzosa;
y si ha de perder reino, fama y vida,
renuncie en ti la gloria merecida.

PEDRO: ¿Por qué os parece, nobles caballeros,
que es justo darme la real corona?

DIONÍS: Porque entre dos iguales herederos
se prefiere el valor de la persona.
Tu espada, gran señor, cuyos aceros
el África en sus márgenes pregona,

tu gobierno, tu industria, tu prudencia,
se esmaltan con tus canas y presencia.

PEDRO: ¿No rendís a mi acuerdo vuestro gusto?

DIONÍS: Felicísimo príncipe, en tu mano
se rinde Portugal y el reino justo,
siempre leal a tu difunto hermano.

DUARTE: El sacro imperio del romano Augusto,
con más lealtad que al César soberano,
se quisiera rendir a tales plantas,
pues nacen de ellas esperanzas tantas.

PEDRO: Yo subo, pues, a la invencible silla
en el real tablado prevenido.

DIONÍS: ¡Viva el rey mi señor, a quien se humilla
el trono real a su valor rendido!

ACUÑA: Tu mudanza, señor, me maravilla.
¡Lealtad mudable, por ingrato olvido!
Mas siempre, por reinar, dicen los reyes
que han de romperse las piadosas leyes.

*Descúbrese una cortina, y en un trono el
niño REY coronado, con acompañamiento de caballeros
portugueses. [Don PEDRO de redillas]*

PEDRO: Sobrino amado, imagen de inocencia,
segundo Abel, y con mayor ventura:
rendido, humilde a vuestra real presencia,
la mano os pido de traición segura.
Tuvieron en mi pecho competencia
la honra y el amor, que al fin procura,
como le hicieron Dios, vencer de modo
que le conozcan poderoso en todo.

Y vosotros, leales caballeros,
si en prudencia, piedad y valor mío
fundáis vuestra esperanza, los primeros
seréis en imitar mi santo brío.
Dad, como siempre, indicios verdaderos
del generoso pecho en quien confío,
que, persuadidos que os importa tanto,
adoréis vuestro rey piadoso y santo.

Que yo, como prudente, como viejo,
y como valeroso y vuestro amigo,
os doy agora tan leal consejo,
y yo el primero le recibo y sigo.
Seguidme todos; que a mi sombra os dejo;
subid al trono de mi rey conmigo;
que en ir primero imito al elefante,
que el mayor en la edad suele ir delante.

*Suena música, y sube don PEDRO a besar la mano
al rey*

Dadme, señor, como mi rey, la mano;
dadme, mi bien, como sobrino mío,
los amorosos brazos, pues los gano.

REY: Por haber sido tan piadoso tío,
levante vuestra alteza el soberano
rostro, en cuyo valor tanto confío,
y déme a mí licencia que en silencio
descubra que le estimo y reverencio.

EGAS: ¡Raro ejemplo de fe!

DUARTE: ¡Divino pecho
de portugués! Que estima en más su fama
que hacer dudoso su real derecho
en este reino que le estima y ama.

DIONÍS: Veníale al infante muy estrecho,
aunque es grande, este reino; que le llama
la pretensión del África, y desea
que toda aquélla su corona sea.

REY: Y ansí, como agradecido,
no digo más, que no puedo,
y de vuestra alteza quedo
a los favores rendido.

PEDRO: Vuestra Majestad, señor,
aunque se muestra obligado,
me mande; que me ha quedado
muy grande resto de amor;
porque en mi pecho leal

mucha afición se atesora,
pues lo que he dado hasta agora
es una corta señal,
 es una prueba no más
de mi lealtad y mi amor,
y a quien es buen pagador
no duelen prendas jamás.

REY: Quiero, señor, que miréis
este reino y mi persona
como vuestro; esta corona,
infante, vos la tenéis.

 Y así será justa ley
que os obliguéis de presente
a sacarme un rey prudente,
ya que me sacastes rey.

 Y si no lo hacéis así,
infante, podré quejarme;
que hacerme rey es no honrarme,
y hacerme rey justo, sí.

PEDRO: Habla vuestra Majestad
de modo que me parece
que, como en ser hombre, crece
en la gracia y en la edad.

 Dice que el reino le di,
y estimo ese gran favor,
y he de sacarle el mejor
que haya reinado hasta aquí.

 El reino que le he entregado
reciba en prendas de quien,
porque suele pagar bien,
por grandes prendas le ha dado.

REY: No digáis más; que no es justo
dudar de vuestra verdad.

CABALLEROS: ¡Viva vuestra Majestad
la próspera edad de Augusto!

REY: Viváis, vasallos leales,
la edad de Néstor y Anquises.

DUARTE: Nuevo sucesor de Ulises,
dame tus manos reales.

REY: Esperad; que me conviene

salir al recibimiento
de mi prima, porque siento
que la hermosa infanta viene.

*Salen doña FELIPA y doña INÉS.
El REY y don PEDRO se bajan del trono*

FELIPA: Mande vuestra Majestad...

REY: No puedo mandar, señora;
que en vuestros ojos agora
pierdo yo la libertad.

FELIPA: Que me mande dar sus manos
le suplico.

REY: Ya soy rey,
y no será justa ley
hacer mis intentos vanos.

La mano me habéis de dar
que os la bese; esto ha de ser;
que yo por poderlo hacer,
tengo por gusto el reinar.

DIONÍS: De amor y de cortesía
da indicios su Majestad.

DUARTE: El amor en tierna edad
sin sentir se forma y cría.

FELIPA: Yo me encargo, mi señor,
de entretener, como es justo,
con regalos vuestro gusto.

REY: Y con favores mi amor.
Y con esa confianza
que el alma agora desea,
quiero salir, que me vea
el reino.

ACUÑA: ¡Extraña mudanza!
¡Que en un niño pueda hacer
el ser rey tan grande estima
de sí mismo!

REY: Infanta, prima,
adiós, y volvedme a ver.

PEDRO: No acompaño, gran señor,

vuestra persona, aunque es tanta
mi obligación; que la infanta
queda sola.

*Vanse el REY, don DUARTE, don EGAS, ACUÑA, y
los demás caballeros*

DIONÍS: (¡Ay dulce amor!
Pero el infante se queda;
no puedo hablar a mi bien.
Noche venturosa, ven
más apriesa, porque pueda.)

*Salen RAMIRO y TABACO. [Habla RAMIRO a
TABACO]*

RAMIRO: (La ocasión misma me ayuda,
pues llego y al mismo instante
encuentro al señor infante.)
TABACO: (Dichoso has de ser sin duda.)
RAMIRO: Mande darme vuestra alteza
sus manos.

Dale un pliego

PEDRO: Seáis bien venido,
Ramiro.
TABACO: (¿Ya es conocido?
¡Gran memoria!)
RAMIRO: (¡Gran belleza!)

A INÉS

FELIPA: ¡Ay, amiga! ¿No es aquél
el aldeano?
INÉS: Señora,

él es.

FELIPA: Conocíle agora
(como siempre pienso en él).

TABACO: Señor.

RAMIRO: Calla.

TABACO: No podré,
si no me enseña y me avisa,
si me viene alguna prisa,
por dónde me proveeré;
que no me he visto jamás,
señor, con tanta agujeta,
y esta ventana inquieta
fuese mejor por detrás.

PEDRO: Ramiro, mucho debéis
al prior, porque os envía
a la corte; yo querría
que su esperanza aumentéis.

FELIPA: (¿A la corte? ¡Oh, venturosa
yo, que en la corte y palacio
puedo querelle despacio!
Mas ¿no me falta otra cosa
que rendir mi pensamiento
a quien ayer fue un villano?
Pero no es en nuestra mano
este primer movimiento.)

RAMIRO: El servir a vuestra alteza
tendré yo por gloria mía.

PEDRO: Que sirváis al rey querría.

DIONÍS: ¿Qué no entendida grandeza
es ésta? Escudero amigo,
¿quién es este caballero?

TABACO: Yo fui labrador primero,
y a queste andaba conmigo;
pero el prior le ha enviado.

DIONÍS: De esta novedad me admiro.
¿Cómo se llama?

TABACO: Ramiro;
mal nombre para casado.
Yo me llamaba Tabaco,
y era sonado en mi aldea,

y agora no sé quién sea,
si no me escurro y me saco
de estos dos fuelles; que voy
con ellos con mucho tiento;
que van hinchados del viento
que yo de miedo les doy.

PEDRO: Esto ha de ser, y confío
que este favor que os he hecho
os ha de hacer buen provecho.

RAMIRO: Sois amparo y señor mío.
Y vos, infanta y señora,
dadme los pies.

DIONÍS: (¿Cómo es esto?
¿Ya se conocen tan presto?)

FELIPA: Alzaos.

RAMIRO: El alma os adora.

TABACO: Su infantería ¿no alvierte
que soy el que estaba allá?
Mas no me conocerá,
estofado de esta suerte.

Asiendo de la ropilla al infante

Pero dígame, señor,
éestas (que no son distintas
traerlas cercadas de cintas)
que me dan mucho temor,
y siento que ni aun dormir
han de dejarme.

INÉS: ¡Ah villano!

PEDRO: Entrad; besaréis la mano
al rey.

RAMIRO: Comienzo a servir.

FELIPA: (Yo a amar.)

DIONÍS: (Yo a dudar.)

PEDRO: Yo a ver
su valor...

RAMIRO: (Yo su hermosura.)

TABACO: Sáquenme de esta apretura;

que me quiero proveer.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen don DIONÍS y don DUARTE

DUARTE: Don Dionís, parece sueño.

DIONÍS: ¿Quién, don Duarte, creyera
que tal privanza tuviera,
de un principio tan pequeño,
un hombre venido ayer,
no sé de dónde, sin prenda
de valor, fama o hacienda,
pues aun de quien le dio el ser
está la corte ignorante?

DUARTE: Sola una cosa en favor
de que es hombre de valor
le abona.

DIONÍS: ¿Y es?

DUARTE: Que el infante
le apoye: clara señal
que es noble, pues él le ampara;
que el infante no agraviara
la sangre de Portugal,
de quien es tan honrador,
dando alas a un forastero,
si no fuera caballero.

DIONÍS: Algún oculto valor
encierra, que por agora

debe de importar callalle.

DUARTE: Él merece por el talle
con que la corte enamora,
 por el noble proceder
que con los títulos tiene,
por la humildad con que viene
a darnos a conocer
 cuán ajeno de ambición
al rey y al infante obliga
a que en su aumento prosiga,
y por la conversación
 apacible con que alcanza
renombre su juventud,
que envidiemos su virtud
y alabemos su privanza.

 Mas ¿sabéis lo que concluyo
del amor con que el señor
infante le hace favor?
Que debe ser hijo suyo.

DIONÍS: ¡Pluguiera a Dios! Sosegara
mi amoroso frenesí,
si eso, amigo, fuera ansí;
porque la sospecha avara
 que tengo de que la infanta
le quiere bien, es ya tal,
que temo querelle mal.

DUARTE: ¿Celos tenéis?

DIONÍS: ¿Qué os espanta,
 si cuando solos se ven,
por las lenguas de los ojos,
a costa de mis enojos,
dicen que se quieren bien?
 Por Dios, que me pesaría
de que fuésemos los dos
enemigos, y por Dios,
que si la loca porfía
 crece, siendo su interés
en mi daño, que sospecho
que le ha de hacer mal provecho.

DUARTE: Yo he de averiguar quién es

don Ramiro.

DIONÍS: ¿De qué modo?

DUARTE: Su criado sale al paso,
que es hombre de poco vaso,
y presto lo dirá todo;
 propiedad de un ignorante,
combatido de malicias.

DIONÍS: Pedidme el alma en albricias,
si es padre suyo el infante.

Sale TABACO [sin ver a los caballeros]

TABACO: Después acá que enredado
en aqueste enjugador
voy, sin ser predicador,
de dos púlpitos cargado,
 es tanta la presunción
que de estas quimeras saco,
que no he de ser más Tabaco,
o le he de echar el tacón

 de un "don"; que no es mal ensayo
que "don Tabaco" me nombren,
aunque los dones se asombren
de haber hecho un "don" lacayo.

 Mas tantos los dones son
que aun las campanas los dan,
pues si tañe el sacristán,
pronuncia "dan, dan, don, don".

 Y si dan "don", desde hoy quiero
un don, aunque sea trabajo;
que un "don" dado de un badajo
bien está en un majadero.

DUARTE: Hola; ¿oís?

TABACO: ¿Quién es la "hola"?

Hablad como habéis de hablar;
que aunque la corte sea mar,
no tengo yo de ser ola.

 Don Tabaco es mi apellido,
porque en estas ocasiones

la poesía y los dones
a tanta baja han venido
 que hay ya dones al soslayo,
y de agujas y banquetas
levanta Apolo poetas,
como dones de un lacayo.

 Y en mí no es el "don" postizo;
que un don Tabaco es de honrar,
por ser su antiguo solar
narices con romadizo.

DIONÍS: Humor tenéis.

TABACO: Ya lo veis;
soy hombre de humos y humor.

DUARTE: Escuchad. Vuestro señor
 ¿de dónde es, si lo sabéis?

TABACO: Su nombre se soleniza.

DIONÍS: ¿Es caballero?

TABACO: Eso infiero,
 pues de puro caballero,
 nació en la caballeriza.

DUARTE: Dejad burlas tan pesadas.

TABACO: En su sangre hay encomiendas.

DIONÍS: ¿Y es hombre de prendas?

TABACO: ¿Prendas?
 Algunas tiene empeñadas.

DIONÍS: Prendas de nobleza llamo.

TABACO: No lo entendí, perdonad.

DIONÍS: ¿Es hombre de calidad?

TABACO: Sí, es muy cálido mi amo;
 que así lo dijo un doctor.

DUARTE: O vos sois un gran bellaco
 o un gran tonto.

TABACO: Soy Tabaco,
 que es uno y otro, señor.

Vase

DIONÍS: El rey sale.

DUARTE: Extraordinario

favor hace a don Ramiro.
Siempre a su lado le miro;
hale hecho su secretario,
y dándole peticiones
viene.

DIONÍS: Su presencia es tal,
que muestra ser principal.

DUARTE: De sus nobles intenciones
se colige la nobleza
con que al cielo se levanta;
mas como no ame a la infanta,
sea quien fuere.

*Sale el REY recibiendo peticiones de don RAMIRO, doña FELIPA,
don PEDRO, ACOMPAÑAMIENTO*

RAMIRO: Vuestra alteza
de modo me favorece,
que de mí mismo me admiro
envidioso.

REY: Don Ramiro,
honrar a quien lo merece
es obligación de un rey,
que a los pechos del consejo
de un infante sabio y viejo,
su valor tiene por ley.
Alcaide de Santarén
sois.

RAMIRO: Tus pies quiero besar.

REY: Blasón de un rey es el dar;
pero más lo es el dar bien.

PEDRO: Los pies beso a vuestra alteza
por la merced que Ramiro
recibe.

REY: En él y en vos miro
todo el valor y nobleza.
¿Hay más peticiones?

RAMIRO: Ésta
en que el conde don Dionís

os suplica que de Avís,
pues su lealtad manifiesta
sus méritos, la encomienda
le deis mayor, que está vaca.

[A don DIONÍS]

DUARTE: (De vos habla.)

DIONÍS: (A plaza saca
su valor, aunque pretenda
encubrirse.)

REY: ¿Qué valdrá
esa encomienda mayor?

PEDRO: Diez mil ducados, señor,
de renta.

REY: Bien se empleará,
don Ramiro, en vuestro pecho.
Traedla, y dará más luz
en tales pechos tal cruz,
y yo estaré satisfecho.

El comendador mayor
os llamen desde hoy de Avís.

RAMIRO: Preténdela don Dionís
y la merece mejor.
Suplícoos, príncipe augusto,
me hagáis a mí esta merced.

REY: Vuestra es la encomienda, haced
de ella lo que os diere gusto.

[A don DIONÍS]

RAMIRO: Llegad a besar los pies,
conde, al rey nuestro señor,
que comendador mayor
os ha hecho.

DIONÍS: El interés
que de ese cargo consigo
me obliga por justa ley,

a vos, señor, como a rey,
y a vos como a fiel amigo,
dándoos la fama loores
que eternamente gocéis,
pues hoy, sin ser rey, hacéis
comendadores mayores.

RAMIRO: Amigos, don Dionís, hago,
que es más precioso caudal.

REY: Sed, Ramiro, en Portugal
maestre de Santiago;
que quiero que el mundo muestre
lo que la cruz hace en vos.

RAMIRO: Hágaos gran monarca Dios,
pues que me hacéis gran maestre.

REY: Ya del infante mi tío
sé que nobleza y valor
os hacen merecedor
del cargo que de vos fío.

PEDRO: ¿Qué más valor que agradarte,
si así quien te sirve vuela?

RAMIRO: El condado de Penela
dio al padre de don Düarte
el vuestro, que está en el cielo,
sólo por su vida; y él,
que es el vasallo más fiel
de cuantos celebra el suelo,
que se le perpetüéis
os suplica, gran señor.

REY: Si vos sois intercesor,
Ramiro, ¿qué pediréis
que no alcancéis? Dadle parte
de eso al infante mi tío;
que a él sujeto el gusto mío.

PEDRO: Penela está en don Düarte,
señor, muy bien empleado.

REY: Désele a Penela, pues.

DUARTE: Pon en mi boca esos pies.

REY: Y gozad vos el condado
de Oliventa y de Estremoz.

RAMIRO: Señor...

REY: Siempre que venís
y para otros me pedís,
gusto de daros a vos.

Pedidme para otros mucho,
porque mucho a vos os dé.

RAMIRO: Contigo Alejandro fue
avariento.

REY: Como escucho
lo que mi tío os abona,
honraros mi amor desea.

[Al REY]

PEDRO: Bien vuestro favor se emplea
en ilustrar su persona;
que es Ramiro principal,
y si tanto amor le muestro,
es por ser muy deudo vuestro,
señor, y su sangre real.

FELIPA: (Amor, si habéis hasta aquí
reparado en calidad,
teniéndoos mi autoridad
a raya dentro de mí,
hablad, pues es vuestro amante
conde y maestro, certeza
de su encubierta nobleza;
que pues mi padre el infante
le honra tanto, bien conoce
lo que su valor alcanza.)

RAMIRO: (Ennobleceme, privanza,
subidme más, porque goce
tan noble merecimiento
mi amorosa voluntad;
que si honras dan calidad,
y cargos atrevimiento,
a pesar de mi bajeza,
me dicen mis pretensiones
que cargos son escalones
para subir la nobleza.)

DIONÍS: (¡Ay, infanta! Si mi amor
tu mayor favorecido
me hiciese, pues he subido
a comendador mayor,
fuera mi dicha adelante;
mas teme la pena mía
que con esta mayoría
Ramiro se me levante,
siendo mi desdicha tanta,
que porque de él no me ofenda,
hizo darme una encomienda,
para quitarme una infanta.)

Sale un PAJE. [Habla a don PEDRO]

PAJE: Del gran duque de Viseo
se acaba agora de apearse
un paje que quiere hablar
a vuestra alteza.

PEDRO: Deseo
vellido; ya sé a lo que viene.
Un enano ha de traeros,
señor, para entreteneros,
que por el amor que os tiene
el duque, le hizo venir
de Castilla.

REY: Debo yo
mucho al duque; siempre dio
muestras de lo que servir
me desea.

*Salen SANCHA, de hombre, y CABELLO, de lacayo. [Habla aparte a
SANCHA]*

CABELLO: ¿Dó me llevas
de esta suerte? ¿Qué marañas
comienzan ya tus hazañas?
¿Qué burlas son estas nuevas,

Sancha del diablo? ¿Ante el rey
yo, y bragado de este modo?

SANCHA: Haz lo que te he dicho en todo,
y calla.

CABELLO: Yo seré un buey
mudo; mas ¡pardiez! que dudo
que me han de estirar el cuello.

SANCHA: ¿No me conoces, Cabello?

CABELLO: Ya te conozco. (¿Que pudo
persuadirme a aqueste ensayo
Sancha? ¿Que al fin me embaucó?
¿Ella enano, y su ayo yo?
¡Miren qué enano y qué ayo!)

SANCHA: Déme los pies vuestra alteza.

PEDRO: Besad los del rey primero.

SANCHA: Ignoré, como extranjero,
que estaba aquí la grandeza
del rey. Vuestra Majestad
perdone si entré ignorando.

Dale un pliego

Éste el duque don Fernando
os envía.

REY: Levantad,
y leed vos, tío infante,
lo que escribe el de Viseo.

RAMIRO: (¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?
¿No tengo a Sancha delante?
¿Éste no es Cabello? Él es.)

[RAMIRO habla aparte a CABELLO]

Cabello.

CABELLO: (Me conoció.)

RAMIRO: ¿Qué haces aquí?

CABELLO: ¿Qué sé yo?

Sancha os lo dirá después.

Lee

PEDRO: "Entre los grandes deseos que de servir a vuestra Majestad tengo, he puesto en ejecución uno tan pequeño como este enano, que por ser sólo en el cuerpo, y no en la proporción, le hice traer de Castilla para el entretenimiento de la niñez de vuestra Majestad, a quien suplico me reconozca por uno de sus más leales vasallos y parientes, etc. Julio de [?]. Don Fernando"

REY: ¿Sois vos el enano?

SANCHA: Soy,
señor, aunque en cuerpo enano,
gigante en cuerpo, pues gano
el venirte a servir hoy.

RAMIRO: (¿Qué disparates son éstos,
Cabello?)

CABELLO: (¿Qué me pescudas?
Sáquete ella de esas dudas,
y a mí de aquestos dos cestos
en que tan bien me ha envainado.)

REY: ¡Qué buen talle y buena cara!

FELIPA: Yo por niño le juzgara,
a no habérosle enviado
por enano el de Viseo.

PEDRO: ¿Eres portugués?

SANCHA: Nací
en Castilla, criéme aquí,
y después por un deseo
de mi padre, me volvió
a los aires castellanos.

REY: Bien; y ¿tienes más hermanos?

SANCHA: Sólo a mí me enaneó
mi madre.

REY: Tu cantidad
se vestirá a poca costa.

SANCHA: Hízome mi padre aposta
para vuestra Majestad.

FELIPA: ¿Qué años tienes?

SANCHA: Treinta y tres.

FELIPA: ¿Treinta y tres, y no has barbado?

SANCHA: Hánmelo imposibilitado
trabajos que tú no ves,
ni yo decillos quisiera.

REY: ¿De qué suerte?

SANCHA: Señor mío,
pago casa de vacío,
y están los huéspedes fuera.

PEDRO: No sé yo dónde te he visto
otra vez.

SANCHA: ¿A quién? ¿A mí?

PEDRO: Dudoso estoy; creo que sí.

SANCHA: Mucho ha que en Castilla asisto.

PEDRO: Podrá ser.

SANCHA: (Ya está en el potro
mi miedo.)

PEDRO: A alguien te pareces.

SANCHA: Sí haré, porque muchas veces
se parece un diablo a otro.

[Hablan aparte RAMIRO y CABELLO]

RAMIRO: (¡Jesús! ¡Que se haya atrevido
Sancha a hacer tal disparate!)

CABELLO: (Este amor es un orate,
y yo otro, que aquí he venido.
Después sabrás maravillas;
que hay, Ramiro, historias largas.)

REY: ¿Llámaste?

SANCHA: Mi padre Vargas,
y yo, por chico, Varguillas.

REY: Pues mucho os he de querer,
señor Vargas.

SANCHA: Tus pies beso.

PEDRO: Vamos.

RAMIRO: (No hay amor con seso,

y más si ama una mujer.)

SANCHA: (A fe, sospechas amargas,
que he de remediar mis miedos.)

[A CABELLO]

RAMIRO: (Espántanme sus enredos.)

CABELLO: (Pues "averigüelo Vargas.")

*Vanse el REY, don PEDRO, doña FELIPA, el
PAJE y ACOMPAÑAMIENTO*

DUARTE: Goce vuestra señoría
el maestrazgo y el estado,
que el rey mi señor le ha dado
tan justamente este día,
mil años; que el que me dio
por su noble intercesión
me ha puesto en obligación.

RAMIRO: Con él quisiera dar yo
un reino a vueseñoría.

Vase don DUARTE

DIONÍS: A mí me le podéis dar,
don Ramiro, si estimar
queréis hoy la amistad mía,
con darme sola una prenda
que ha de enriquecer mi estado
más que el que por vos me han dado
con la mayor encomienda.
Confesadme una verdad;
que como amigo os prometo
guardar eterno secreto.

RAMIRO: Por pagar la voluntad
de que me hacéis hoy deudor
y estimo, el pecho rasgara,

y en él el alma os mostrara.

DIONÍS: ¿Tenéis a la infanta amor?

RAMIRO: ¿A doña Felipa?

DIONÍS: Sí.

RAMIRO: Como a hija del infante
la quiero, no como amante.

DIONÍS: No hay recelos de mí,
pues vuestra amistad profeso.

RAMIRO: Don Dionís, si yo la amara,
de vos el alma fiara.

DIONÍS: Pues sabed que pierdo el seso
por ella.

RAMIRO: (¡Ay de mí!) ¿Pues bien... ?

DIONÍS: Vos que me habéis dado hacienda,
quiero que con la encomienda,
me deis esposa también.

Perdonad; que lo que hiciera
por vos, maestro, eso mismo
quiero que hagáis.

RAMIRO: (¿En qué abismo
me ha puesto mi pena fiera?)

DIONÍS: Interceded en mi amor,
sed mi tercero discreto.
¿Haréislo?

RAMIRO: Yo os lo prometo.

DIONÍS: (Pues que no la tiene amor,
su hermano debe de ser.)
¿Cuándo la iréis a hablar?

RAMIRO: Luego.

DIONÍS: Adiós.

RAMIRO: Adiós.

Vase don DIONÍS

RAMIRO: Amor ciego,
cegadme a mí por no ver
tanta confusión y enredo.
Yo adoro a doña Felipa,
don Dionís se me anticipa,

y acobardándome el miedo
de no saber quién me dio
el ser que tan adelante
está honrándome el infante,
padezco entre un sí y un no.

¿Posible es que, sin saber
el infante mi linaje,
de este modo me aventaje?
No, temor, no puede ser.

Al rey que era noble dijo,
y mi honrado pensamiento
califica este argumento;
él sabe de quién soy hijo.

Proseguir mi dicha quiero,
y declaralla mi amor,
aunque mi competidor
me haya hecho su tercero,
que ha venido Sancha aquí
celosa, y podrá estorbar
mi dicha saliendo azar.
Amor, volved vos por mí.

Sale SANCHA

SANCHA: Pues, mi señor cortesano,
todos estamos acá;
aunque no se dignará
de hablar un conde a un enano.

¿Qué te parece la traza
con que te he venido a ver?
¿Mas que debes de creer
que vengo a espantar la caza
de tu amor? Dame esa mano;
seguro la puedes dar,
que no me puedo casar
contigo, que eres mi hermano.

RAMIRO: ¿Yo hermano tuyo? ¿Qué dices?

SANCHA: La verdad que me ha traído
aquí con traje fingido,

porque mi fe solenices.

El día mismo que saliste
de Momblanco, me informé
de un viejo, a quien obligué,
con verme en tu ausencia triste,
a que, rompiendo el secreto,
que le encargó el gran prior,
de nuestro progenitor
me diese cuenta. En efeto,
soy tu hermana.

RAMIRO: Sancha mía,
aunque tus embustes sé
me ha obligado a darte fe
la sangre que el amor cría,
y mis sospechas allana;
pues desde el punto primero
que te vi, te estimo y quiero
como un hermano a una hermana.

(¡Ay mi infanta hermosa y bella!
Si es mi sangre venturosa
tan ilustre y generosa
como el valor que hallo en ella,
siendo noble y no villano,
bien te puedo pretender.)

SANCHA: (Como yo le haga entender
a Ramiro que es mi hermano,
y que a terciar en su amor
vengo, no descubrirá
que soy mujer.)

RAMIRO: (¿Si será
padre mío el gran prior?)
Acaba de declarar,
Sancha, a quién debo mi ser.

SANCHA: Grande dicha has de tener.

RAMIRO: Ya la comienzo a gozar.
Dilo para que socorras
el temor que has de impedir.

SANCHA: No te lo atrevo a decir.

RAMIRO: ¿Por qué?

SANCHA: Porque no te corras.

RAMIRO: ¡Ay cielo! Mi desventura
 sospecho; no es principal
 quien me dio el ser.

SANCHA: ¿No? ¡Y qué tal!
 Nuestro padre es...

RAMIRO: ¿Quién?

SANCHA: El cura,
 pariente del gran prior
 muy cercano.

RAMIRO: ¡Un cura!

SANCHA: Sí,
 a questo es cierto.

RAMIRO: ¡Ay de mí!

SANCHA: Bien lo sabrá el labrador
 que nos crió.

RAMIRO: Dejamé;
 mataréme.

SANCHA: ¿Hay tal ventura
 como ser hijo de un cura?
 ¿Matarte quieres? ¿Por qué?
 El gran prior nos crió
 (que pienso que es nuestro tío)
 y ha sabido, hermano mío,
 que nuestro padre murió.
 En tu extraña dicha y medro
 puedes experimentar
 lo que el cielo suele honrar
 a los nietos de San Pedro.

RAMIRO: Cesa, pues cesó mi amor.

SANCHA: A fe que te burlé bien.
 No es tu padre ése.

RAMIRO: Pues ¿quién?
 ¿Es, hermana, el gran prior?

SANCHA: Y por su causa el infante
 te honra, Ramiro, así.

RAMIRO: ¿Es cierto?

SANCHA: Pues ¿no?

RAMIRO: Eso sí;
 viviré de aquí adelante.

SANCHA: En sabiendo que mi hermano

eras, te vine a buscar,
dándome traje y lugar
para venir el enano
 que en Momblanco aposentó
don Nuño, y vino tan malo
que, no bastando el regalo
que le hicieron, se murió.
 Partióse desesperado
don Nuño, y dejóse allí
las cartas que luego abrí,
y viendo que presentado
 iba por el de Viseo,
eché otra cubierta al pliego,
vestíme en su traje luego,
y en las alas del deseo
 vengo a terciar en tu amor.
Yo haré que a la infanta goces,
si mis enredos conoces.

RAMIRO: ¿Que es mi padre el gran prior?

 ¿Que eres mi hermana?

SANCHA: (La trama
va buena.)

RAMIRO: ¡Qué alegre estoy!

SANCHA: Tu hermana y tercera soy.

Sale un PAJE

PAJE: Señor, el infante os llama.

Vase

RAMIRO: Pues tú de mi amor te encargas,
ya no tengo que temer.

SANCHA: Enredos tengo que hacer
con que se acuerden de Vargas.

Vanse. Sale doña FELIPA

FELIPA: Amor rapaz, esa venda
en la boca había de estar,
porque no puedas hablar,
ni tu secreto se entienda;
aunque para que me ofenda
de ti, tirano desnudo,
siempre que quiero hablar, dudo;
porque para darme enojos,
siendo ciego, estás con ojos,
y en mí, con lengua, estás mudo.

Sale RAMIRO

RAMIRO: (No puede el desasosiego
que me atormenta, parar;
que mal podrá sosegar
fuera de su centro el fuego.
No seáis mudo, pues sois ciego,
niño dios; mas si segura
queréis ver vuestra ventura,
hacelda a la infanta clara;
que mal que no se declara,
con dificultad se cura.)

FELIPA: Ramiro.

RAMIRO: Señora mía.

FELIPA: ¿Adónde vais?

RAMIRO: No osaré
decillo.

FELIPA: ¿Por qué?

RAMIRO: Porque
no me atrevo, aunque querría.

FELIPA: (¡Oh, si viniese a buscarme!)

RAMIRO: (¡Oh, si gustase de oírme!)

FELIPA: (Amor, aprende a ser firme.)

RAMIRO: (Amor, comienza a ayudarme.)

FELIPA: Llegaos más, y no os turbéis;
que estando a solas los dos,

bien podéis hablar.

RAMIRO: Por Dios,
señora, que me escuchéis.

FELIPA: (Sin duda me quiere bien;
que el rostro y los tiernos ojos,
[a pesar de mis enojos,]
mirándome, hablan también.)

RAMIRO: No os pregunto, mi señora,
si sabéis qué es afición
por obra o por discreción;
que quien es cuerdo no ignora
que por obra no sabréis
lo que por ciencia alcanzáis;
quiero decir que no amáis,
pero que bien lo entendéis.

FELIPA: (Ya el sol muestra su luz bella.)
Pasá adelante.

RAMIRO: Sí haré;
que ganando tierra, iré
ganando cielo por ella.
Digo, señora, que yo
quiero...

FELIPA: ¿Qué queréis?

RAMIRO: Muy bien
a quien lo merece.

FELIPA: ¿A quién?

RAMIRO: A vos, mi señora... no.

FELIPA: ¿Pregúntoos yo si es a mí?

RAMIRO: Pudiéraislo preguntar.

FELIPA: Acabaos de declarar.

RAMIRO: (Dije no por decir sí.
Pero en pretensión tan alta
¿quién no se acobarda?)

FELIPA: (Quiero
disimular.)

RAMIRO: Lo primero
que en esta empresa me falta
es, señora, atrevimiento
de hablar.

FELIPA: Perded el temor,

y no digáis vuestro amor
con tanto encarecimiento.

RAMIRO: Quiero bien, pues, a una dama.

FELIPA: Ya se entiende, pues sois hombre.

RAMIRO: Y esta dama...

FELIPA: Decí el nombre.

RAMIRO: Dama esta dama se llama.

FELIPA: ¿Y no más?

RAMIRO: Volvíme atrás;
el nombre os diré otra vez.

FELIPA: La dama del ajedrez
se llama dama no más.

RAMIRO: Quisiera que vuestra alteza...

FELIPA: Pediréis que tercié yo
con ella.

RAMIRO: Señora, no.

FELIPA: Habladme, pues, con llaneza.

RAMIRO: Quisiera, señora mía,
que a mí me favoreciera
vuestra alteza, y que fingiera
que me honraba... y me quería;
porque envidiando el favor
de tan alta dama, entiendo
que la que sirvo y pretendo
me tendrá de envidia amor.

Que si la más principal,
más discreta y más hermosa
me quiere, estará envidiosa
quien me trata agora mal.

FELIPA: ¡Nuevo modo de tercera
es ése, Ramiro! Pues
¿es la dama...?

RAMIRO: Doña Inés,
a quien obligar quisiera.

FELIPA: ¿Mi dama?

RAMIRO: Señora, sí.

FELIPA: Alto, yo os haré favores,
porque tan cuerdos amores
no se malogren por mí.

(Celosa estoy, pero es justo

cumplir lo que me ha pedido,
porque, aunque sea fingido,
quiero gozar de este gusto.)

RAMIRO: (¿Si me ha entendido la infanta?
Pero comienzo a fingir;
que así le podré decir
mi voluntad, aunque es tanta.)

FELIPA: ¿Tenéis que advertirme más?

RAMIRO: Señora, que perdonéis.

FELIPA: Pues mirad que no faltéis
de mi presencia jamás.
Dad vos ocasión; mostrad
gusto y amor cuando vengo,
porque no digan que os tengo,
sin ocasión, voluntad.

RAMIRO: Harélo así.

FELIPA: (De esta suerte
puedo yo engañarme a mí.)

RAMIRO: Quede esto así.

FELIPA: Quede así.

RAMIRO: ¿Queréisme ya?

FELIPA: Hasta la muerte.

Vase RAMIRO. Sale doña INÉS

INÉS: (Puse en Ramiro los ojos;
pero mi desdicha es tanta,
que temo que ama a la infanta,
y hace ciertos mis enojos.)

FELIPA: Doña Inés.

INÉS: Señora mía.
(¿Quién supiera la verdad?
¿Diréle mi voluntad?
Mas ¿quién en mujeres fía?)

FELIPA: Pienso que venís turbada;
si es amoroso secreto,
decildo; que yo os prometo
guardarle.

INÉS: Estoy confiada

de vuestra alteza, y así
le diré mi pretensión
honrosa, y por su ocasión,
el amor que crece en mí.

Dama soy vuestra, y no es mucho
pretender para marido
a un galán favorecido
del rey.

FELIPA: (Envidiosa escucho.)

INÉS: Digo, pues, que don Ramiro,
si no me engaño, me ama,
y por su prudencia y fama,
con buenos ojos le miro.
No hay más.

FELIPA: No quiero yo más.

Pues ¿qué pretendéis agora?

INÉS: Ser su esposa, mi señora,
por no perderle jamás.

FELIPA: Y él, ¿os quiere?

INÉS: No lo sé;
pero muéstrame afición.

FELIPA: (¡Ay terrible confusión!
Desespero, si esperé;
porque si a mí me quisiera,
no quisiera a doña Inés,
y si se quieren, no es
de provecho una tercera.)

INÉS: ¿Qué responde vuestra alteza?

FELIPA: Que es justa y forzosa ley
pretender que os case el rey,
si iguala a vuestra nobleza.

Yo hablaré a su Majestad;
confiada podéis iros.

INÉS: Voyme, pues.

Vase

FELIPA: Tristes suspiros,
no abraséis la voluntad.

Sale SANCHA

Sale SANCHA

SANCHA: Señora, ¿era vuestra alteza
quien suspiraba?

FELIPA: No sé...
Yo soy.

SANCHA: Pues ¿tienes por qué?

FELIPA: Respóndate mi tristeza.

SANCHA: Dime tus penas amargas;
que soy Vargas, y es razón
que en aquesa confusión
averigüe tu mal Vargas.

FELIPA: Alegre estás.

SANCHA: Sabe Dios
el dolor que me condena,
y si hay una misma pena,
señora infanta, en los dos.

FELIPA: Grande amistad te ha cobrado
Ramiro; mucho te quiere.

SANCHA: Entre todos me prefiere;
yo soy su mayor privado.

FELIPA: Si tanto te ha satisfecho,
no hay duda sino que sabes
su amor, dándote las llaves
de su voluntad y pecho.

Dime, así Dios te dé vida,
si es que, como pienso, ama,
quién es su dichosa dama.

SANCHA: (Ya veo, cielos, prevenida
la ocasión que deseaba.)
Diréte, señora mía,
lo que antes no me atrevía,
aunque cuidadoso andaba.

FELIPA: Pues ¿qué sabes? Dilo aprisa.

SANCHA: Ramiro me había rogado
que te trujese un recado
en que de su amor te avisa.

FELIPA: Pues ¿quiéreme bien a mí?
SANCHA: Con una pasión extraña.
FELIPA: Ya él me ha dicho que me engaña.
SANCHA: ¿Que te engaña ha dicho?
FELIPA: Sí.
SANCHA: A mí me engaña también.
FELIPA: Pues ¿cómo?
SANCHA: Porque me ha hecho
 alcahuete sin provecho
 de la que no quiere bien.
FELIPA: Es un engaño discreto
 para amartelar después
 a mi dama doña Inés;
 ya yo he sabido el secreto.
SANCHA: ¡Oh aleve, oh falso, oh traidor!
 ¿Con cautela me has tratado
 por desvelar mi cuidado?
 ¿Así se engaña un amor?
FELIPA: Enojado estás. ¿Qué es esto?
 Paso, Vargas; vuelve en ti.
SANCHA: Si me encolerizo así,
 es porque en esto me ha puesto;
 que pensará vuestra alteza
 que soy mentiroso yo.
FELIPA: No haya más.
SANCHA: Ya se acabó
 mi pesar y mi tristeza.
FELIPA: Verdad pienso, Vargas, que es
 que don Ramiro me quiere,
 y engañará, si lo fuere,
 de esta suerte a doña Inés.
 Vargas ¿quiéresme obligar,
 ya que tu ingenio te ayuda?
 Pues sácame de esta duda.
SANCHA: Vargas lo ha de averiguar.
 Retírese vuestra alteza
 y déjeme hacer a mí.
FELIPA: Adiós; desde hoy pongo en ti
 mi esperanza y mi tristeza.

Vase. Sale don DIONÍS

DIONÍS: Vargas.

SANCHA: Señor.

DIONÍS: Todo el día
ando en tu busca.

SANCHA: Aquí estoy.

DIONÍS: Pues en albricias te doy
de hallarte esta prenda mía.
Recibe aquesta cadena
por primera obligación.

SANCHA: No quiero yo más prisión;
que una tengo, y no es muy buena.

DIONÍS: Ya sabrás, pues no es posible
que se disimule tanta
afición, como a la infanta
quiero bien.

SANCHA: Caso imposible
debe de ser; que la veo
ajena de voluntad.

DIONÍS: Pues de esa dificultad
ha nacido mi deseo.
Tú, que a solas tantas veces
la entretienes, muestra y di
el amor que has visto en mí,
y que sus ojos sean jueces
de mi pasión, y sentencien
en mis amores constantes;
que desiguales amantes
no es bien que se diferencien.

SANCHA: Yo haré todo lo que alcanza
mi ingenio.

DIONÍS: Ve satisfecho
que ha de ser en tu provecho.

Vase

SANCHA: Adiós. --¡Qué buena esperanza!

Hoy he de hacer maravillas;
no va mala aquesta historia.
¿Mas que ha de quedar memoria
en Santarén de Varguillas?

Vase. Salen doña FELIPA y RAMIRO

RAMIRO: Mi gloria tengo en miraros,
todo mi contento en veros,
dicha y regalo en hablaros,
gusto y deleite en quereros,
firmeza eterna en amaros.

FELIPA: Hablaisme por doña Inés,
y ansí, como fui tercera,
respuesta traigo.

RAMIRO: ¿Quién es
doña Inés?

FELIPA: La verdadera
dama vuestra; dice, pues,
que os ama y que recibió
vuestros favores muy bien.

RAMIRO: Pues ¿quién se los declaró?

FELIPA: Harto bueno es eso. ¿Quién?
¿No me lo dijisteis?

RAMIRO: ¿Yo?
¡Qué mal mi amor considera
la pena que en vos me aflige!

FELIPA: Pues ¿no me hicistes tercera?

RAMIRO: Señora, el refrán os dije
de "a ti te lo digo, nuera."
Hablemos claro.

FELIPA: ¿Qué es esto?
Apartaos, no me enojéis.

RAMIRO: Vos os enojáis tan presto,
que darme muerte queréis.
¿No es condición que hemos puesto...?

FELIPA: No me acierto a declarar.

RAMIRO: No acierto a darme a entender.

FELIPA: (Quiérole hablar.)

RAMIRO: (Voyla a hablar.)
FELIPA: Pues no me habéis de ofender.
RAMIRO: Pues no os habéis de enfadar.
FELIPA: Ramiro, pues vos de mí
fiáis vuestro amor, bien puedo
fiarme yo de vos.
RAMIRO: Sí.
FELIPA: Comienzo a perder el miedo.
RAMIRO: Yo el mío ya le perdí.
FELIPA: Sabed que yo quiero bien
a don Dionís.
RAMIRO: (¿Qué quimera
es ésta, cielos?) ¿A quién?
FELIPA: Pues yo fui vuestra tercera,
sed mi tercero también.
RAMIRO: Pues hacedme a mí tercero
como yo tercera a vos.
FELIPA: Yo eso pido.
RAMIRO: Yo eso quiero.
FELIPA: Así ha de ser.
RAMIRO: ¡Plega a Dios!
que dichoso fin espero.
FELIPA: A don Dionís le diréis
que, aunque no se ha declarado,
le quiero bien; ya sabréis
dar como vuestro un recado,
si amor secreto tenéis.
Y decilde que le ruego
que sea más atrevido,
pues yo a decírselo llevo;
y que esta noche le pido
que, a pesar de su sosiego,
me vea por el balcón
sin reja que al jardín mira
del parque; que hay ocasión,
y si de ella se retira,
que culpe su dilación.
En ausentándose Apolo
id; que el amor que acrisolo
estará aguardando. Adiós.

Decid que vaya con vos,
Ramiro, y que venga solo.

RAMIRO: ¿Solo y conmigo?

FELIPA: ¿Qué os cuesta
el decir esto?

RAMIRO: Ahora bien,
ya le daré esa respuesta.

FELIPA: Ramiro, id allá también,
porque sin vos no habrá fiesta.

Vase

RAMIRO: ¿Solo y conmigo y sin mí?
¿Que vaya yo y que él se quede?
¿Qué locura o frenesí
es ésta, amor? ¿Cómo puede
cumplirse este enredo así?
 Pero, alma, si lo advertís,
vuestra dicha conseguís
en el enigma que hoy miro,
que es amar a don Ramiro
con nombre de don Dionís.

Sale SANCHÁ

SANCHÁ: ¡Palaciego!

RAMIRO: ¡Hermosa hermana!

SANCHÁ: No me digas ese nombre.

RAMIRO: Pues ¿no es verdad?

SANCHÁ: Cierta y llana;
mas ser hermana de un hombre
que quise, es cosa inhumana.

RAMIRO: ¿Hablaste por mí a la infanta?

SANCHÁ: Tan grande malicia es
la tuya, que nos espanta
a las dos. Es doña Inés
la que tus gustos encanta,
y quiere ser tu mujer,

¿y engañas con tus quimeras
a quien lo pudiera ser?

RAMIRO: Que son burlas.

SANCHA: Que son veras;
que ya las vine a saber,
y doña Inés misma muestra
tus papeles y favores.

RAMIRO: Necia cautela es la vuestra;
que no han dado mis amores
jamás semejante muestra.

SANCHA: Pues la infanta se ha enojado;
que se lo ha dicho su dama.

RAMIRO: Eso me pone en cuidado.

¡Ay de mí! de veras llama
a Dionís su enamorado.

Manda que vaya conmigo
para darme entre mil celos
de mi desdicha castigo.
Si no entiende mis desvelos,
liviana esperanza sigo.

SANCHA: ¿A don Dionís llama?

RAMIRO: Sí,

y pensé que la cautela
era de llamarme a mí;
pero si yo en esta escuela
del amor las aprendí,
esta noche he de ir sin él
al balcón de su jardín,
y con la sombra fiel
de la noche, daré fin
a mi venganza crüel.

Daré mi mal a entender
por conocer su afición,
aunque si voy a perder
su fingida posesión,
no lo quisiera saber.

Vase

SANCHA: ¿En nombre de don Dionís
vais a gozar la ocasión,
Ramiro? Si vos fingís
ser ladrón, yo soy ladrón
del amor que no adquirís.
 Adelantarme he si puedo
con las alas de mi miedo
al jardín, por estorbar
que no la lleguéis a hablar;
que amor no es más que un enredo.

Vase. Sale doña FELIPA al balcón

FELIPA: Noche, que desde los cielos,
hechos ojos las estrellas,
estáis mirando por ellas
mis amores y desvelos,
asegurad los recelos
que en mis pensamientos miro,
y pues de amores suspiro,
y vos mis quejas oís,
traedme aquí un don Dionís,
que sea sólo un don Ramiro.
 ¿Si habrá entendido esta eni[g]ma?
Pero sí, porque el amor
siempre es buen entendedor,
y en cifras su fe sublima;
y si el que le tengo estima,
sabrás que entre los antojos
de mis mortales enojos,
cuando el temor me provoca,
llama a Dionís con la boca
y a Ramiro con los ojos.
 Discreto es, y bien me quiere;
yo lo he visto; pues ¿quién duda
que solo al terrero acuda?
Alma, avisad si viniere.

Sale RAMIRO, de noche

RAMIRO: Amor, quien de noche os viere,
juzgará que a hurtar venís,
y en mí ese oficio cumplís;
que como en el alma os tengo,
hecho ladrón a hurtar vengo
favores de don Dionís.

La infanta por mil rodeos
muestra que me quiere bien,
si no se engañan también
mis ojos cual mis deseos;
mis pensamientos, Teseos
de este laberinto estraño,
o mi provecho o mi daño
averigüen; que me asombra
este don Dionís en sombra,
cabeza de este engaño.

Gente en la ventana siento.
¡Ce! ¿Es la infanta?

FELIPA: ¿Es don Dionís?

RAMIRO: Don Dionís soy.

FELIPA: ¿Y venís
solo?

RAMIRO: Con mi pensamiento.

Sale don DIONÍS

DIONÍS: Sólo en este sitio siento
descanso; amorosas quejas,
de puro antiguas y viejas,
como el fénix renacéis,
para que me atormentéis.
Mas gente siento en las rejas.

¡Válgame Dios! ¿Quién será?

FELIPA: ¿Viene Ramiro con vos?

RAMIRO: Si un alma somos los dos,
¿quién duda de que vendrá?

FELIPA: Don Dionís, amor os da

la posesión que adquirirís,
y pues que tan bien fingís
lo que ni sois ni en vos miro,
desde hoy querré en don Ramiro
el nombre de don Dionís.

DIONÍS: (¿Qué Dionís es éste, cielos?)

RAMIRO: ¿Que merezco, hermosa infanta,
tanto favor, dicha tanta?

DIONÍS: (La infanta es esta; ¡ay recelos!)

RAMIRO: Ya don Dionís me da celos.

FELIPA: Yo, como con él venís,
y en el alma lo encubrés,
por uno os tengo a los dos,
y por quereros a vos,
quiero bien a don Dionís.

DIONÍS: (¡A don Dionís quiere bien!

De mi ventura me admiro.
Sin duda que es don Ramiro
quien la habla; ya no le den
fama los que en Santarén
solenizan su valor,
pues siendo a mi fe traidor,
el nombre a usurparme vino.)

Sale SANCHA, de noche

SANCHA: (Que vengo tarde imagino;
perezoso sois, Amor.)

RAMIRO: Digo que soy don Dionís;
ya jamás pienso mudar
nombre que os obliga a amar.

FELIPA: Bien habláis y bien fingís.

DIONÍS: (Alma dichosa, ¿qué oís?
La infanta está declarada
de mi parte y, engañada,
pensando que habla conmigo,
favorece a mi enemigo;
probad, venganza, su espada,
pues que su fe habéis probado.)

SANCHA: (Ramiro se adelantó,
y habla a la infanta; cesó
mi paciencia, y ha llegado
mi receloso cuidado
a dar muerte a mi sosiego;
pero pues tan tarde llego,
y ellos se hablan tan despacio,
griremos.) ¡Fuego en palacio!
¡Agua traigan! ¡Fuego, fuego...!
(con que se abrasen los dos,
como mi pecho se abrasa.)

FELIPA: ¡Ay cielos! ¿Fuego hay en casa?
Adiós.

RAMIRO: Voyme.

FELIPA: Adiós.

RAMIRO: Adiós.

*Quítase doña FELIPA del balcón, y vase
RAMIRO*

SANCHA: (El fuego, alma, os quema a vos.)

DIONÍS: (Ya se apartaron. ¡Qué ciego
que estoy! Si el desasosiego
presente no lo estorbara,
Ramiro falso, hoy probará
quién sois.)

SANCHA: ¡Agua! ¡Fuego, fuego!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sale don DIONÍS

DIONÍS: Basta, que fingido ha sido
este fuego o este encanto;
pero de esto ¿qué me espanto,
si ha sido amigo fingido
don Ramiro fementido?

 Otra vez me traen los celos
a averiguar mis desvelos;
haced que venga, esperanza,
don Ramiro, y mi venganza
satisfaga a mis recelos.

 Para sí mismo ha ganado
la amorosa empresa mía;
quisiera verme vengado;
mas quien de amigos se fía,
merece hallarse engañado.

 Y siendo así, yo he tenido
la culpa, que mi esperanza
por mal fundada he perdido,
y no tomaré venganza,
aunque me sienta ofendido.

 Pero cuando no la espada
se vengue de su enemigo,
la lengua disimulada
puede darle algún castigo,
de su esperanza engañada.

 Vuelvo al terrero, y deseo
que en él don Ramiro esté,
porque si a solas le veo,
sin vengarme le diré
que me agravia y no lo creo.

 Y con esta cortesía
castigo su atrevimiento
y la confianza mía,
sin que del rigor violento
pueda quejarse otro día.

Sale RAMIRO

RAMIRO: (Dos contrarios movimientos
de un mismo cuerpo en la nave
se hallan no ser violentos,
y el amor hacerlos sabe
del cuerpo y los pensamientos.

Yo salía del terrero,
y [el] pensamiento volvía;
y como yo considero
que él tiene razón, querría
volverme aquí todo entero.)

DIONÍS: (Éste es don Ramiro; él fue
falso a mi fiel esperanza;
yo llego y me vengaré;
mas de mí pido venganza
que el secreto le fié.)

RAMIRO: (Yo llego al balcón y sigo
mi dichosa voluntad.)
Mas...¿quién es?

DIONÍS: Vuestro enemigo,
porque en la prosperidad
nadie ha menester amigo.

RAMIRO: Es prosperidad pequeña
la mía, y me desengaña
que es la fortuna que sueña
y la próspera me engaña,
pero la adversa me enseña.

Decid quién sois.

DIONÍS: Bien pudiera
decir quién soy y también
mis padres, si yo quisiera.

RAMIRO: (Yo no tengo tanto bien.
¡Quién sus padres conociera!)

DIONÍS: (Así me puedo vengar,
porque como el sabio advierte,
si en la lengua se han de hallar
juntas la vida y la muerte,
por ella se pueden dar.

Dice Salomón que tiene
manos la lengua y con ellas
se venga cuando conviene,
y así mi lengua a usar de ellas,
y no de mi espada, viene.)

RAMIRO: Decidme ya, caballero,
pues podéis, quién sois.

DIONÍS: Yo soy un amigo verdadero
de don Ramiro, que estoy
por él guardando el terrero.

RAMIRO: ¿Amigo?

DIONÍS: Sí; ¿es cosa nueva?
La amistad del poder nace,
y los amigos se lleva;
la prosperidad los hace,
y la adversidad los prueba.

RAMIRO: Si sois su amigo, obligado
estaréis a su defensa.

DIONÍS: No sé si soy bien pagado,
porque no estima ni piensa
que le sirven el privado.

Don Ramiro me perdone,
porque es muy noble en su trato,
y la fama le corone.

RAMIRO: Señor, quien le llama ingrato,
todas las faltas le pone.

DIONÍS: Pésame si le he llamado
ingrato, y si alguna queja
de su olvido me ha quedado,
no por ingrato me deja,
sino por enamorado.

Que al amor algún discreto
le puso venda en los ojos,
por disculparle en su efeto;
que no ve si causa enojos,
ni ve si guarda respeto.

RAMIRO: (¡Oh cortesana elocuencia!
¡Qué sabiamente ha culpado
mi mala correspondencia,
disculpado y condenado

con una misma sentencia!

No me quiero declarar,
porque si la he de romper
¿qué palabra le he de dar?
Las prendas debe poner
quien determina pagar.)

DIONÍS: Mucho os detenéis, señor.

Ea, salid del terrero;
que es muy celoso en su amor
don Ramiro, y yo no quiero
que lo atribuya a temor.

RAMIRO: Yo me iré si me decís
quién sois.

DIONÍS: Seré don Ramiro.

RAMIRO: Pues ¿en su nombre venís?

DIONÍS: ¿Qué os admiráis?

RAMIRO: No me admiro.

(¡Qué discreto es don Dionís!)

DIONÍS: ¿Conocéisme? ¿Sabéis cosa,

contra esta verdad que digo
y defiendo, sospechosa?
¿No es don Ramiro mi amigo?
¿Es su amistad cautelosa?
¿Trátame en ausencia mal,
o pretende, por ventura,
siendo amigo desleal,
trasladarse la hermosura
que adoro en original?

¿Hame ofendido siquiera
en amar a quien yo quiero?
Que, aunque parece ligera
para un noble caballero,
es la ofensa verdadera;
que yo no le he menester
para que a su rey le pida
la merced que me ha de hacer;
que soy quien soy, y en mi vida
usé de ajeno poder.

RAMIRO: No os alteréis; que si yo
no sé quién sois, mal sabré

si ese hidalgo os ofendió,
y don Ramiro yo sé
que no se desvaneció
 por la privanza; que, en suma,
sabe que el rey es un mar
donde el privado es la espuma,
y algún viento ha de llegar
que la deshaga y consuma.

 No es don Ramiro avariento
de honra; que antes las deja;
que el propio conocimiento
sirve de piedra a esta abeja,
porque no la lleve el viento.

 No es hombre que habrá usurpado
vuestro amor; que es tan querido,
y de todos tan amado,
que no es, y siempre ha sido,
envidioso y envidiado.

DIONÍS: No digáis más; que parece
que sois más amigo suyo
que yo, y ninguno merece
más su amistad.

RAMIRO: Restituyo
su amor a quien se le ofrece.

DIONÍS: Pues sois su amigo también,
dejadme solo, y decid
a don Ramiro cuán bien
con mi prudencia y ardid
guardo a quien él quiere bien.

 Que así le pienso obligar,
si no es ingrato y crüel,
y al mar pretende imitar,
que entra el agua dulce en él
y la vuelve amarga el mar.

 Que así le aviso, y no quiero
parecer, si no lo digo,
mentiroso lisonjero;
que es más verdadero amigo
quien habla más verdadero.

 Que soy su espejo, y no deajo

de prevenirle su mal
con mi industria y mi consejo.

RAMIRO: No es buen amigo y leal
para su amigo el espejo.

El amigo ha de imitar
al agua, que a quien en ella
su mancha llega a mirar
se da a sí misma, y con ella
se puede también quitar.

Que el espejo que declara
la mancha y no da el remedio,
no es amistad noble y clara,
sino envidia, que por medio
honesto sale a la cara.

DIONÍS: Yo a don Ramiro después
a solas le pienso dar
el remedio.

RAMIRO: Voyme, pues.

DIONÍS: Será el remedio olvidar.

RAMIRO: Él se olvida que lo es.

Vase

DIONÍS: Muy grande satisfacción
he recibido y le he dado;
grande arma es la discreción,
panal dulce, al fin, labrado
en la boca de Platón.

Sale doña FELIPA, a la ventana

FELIPA: Parece el sueño a la muerte
en no venir pretendido,
y ansí de ninguna suerte,
aunque al sueño llamo y pido,
quiere que con él acierte.

Vuélvome al balcón; que en él
por ventura el adivino

corazón, que siempre es fiel,
quiere descubrir camino
menos áspero y cruel.

DIONÍS: (La infanta es ésta; quisiera
salir de esta confusión,
aunque no fue la primera;
pero hasta la posesión
tendré esperanza siquiera.

Llega a la ventana

Señora, ¿estará seguro?

FELIPA: Sí; llegad.

DIONÍS: Dudo si llego,
porque es de fuego este muro
del paraíso, aunque es fuego
como el del infierno, oscuro.

Pero es fuerza que me atreva,
mi querubín, a llegar;
que para mí es cosa nueva
que a Adán mandéis desterrar,
cuando guardáis dentro a Eva.

Querubín enamorado,
mirad que servís a Dios
con la espada que os ha dado,
que vamos juntos los dos
con un amor y un estado.

Eva ¿no me respondéis?
Hablad, dulce compañera,
y pagad lo que debéis,
pues antes que os conociera,
os di el alma que tenéis.

FELIPA: ¿Qué he de hablar, si no he sabido
quién sois?

DIONÍS: ¿Qué decís, señora?
¿Por vos soy desconocido?
¿No era don Dionís agora
por vuestro amor admitido?
Don Dionís soy; ¿este nombre

ignoráis y la ocasión
de hablar tan claro el que es hombre
por vuestro amor y afición
para que el amor se asombre?

¿No me queréis don Dionís?

Llamadme, señora mía,
otro nombre, si os servís,
pues soy Dionís desde el día
que aqueste nombre admitís;
porque no era yo primero
que os quisiese, hermosa infanta,
don Dionís, ni caballero,
ni tuve el ser que levanta
el vuestro a quien tanto quiero.

FELIPA: ¡Qué lisonjero venís!

DIONÍS: "¡Qué verdadero!" diréis.

FELIPA: Bien hacéis a don Dionís.

DIONÍS: Vos, señora, le hacéis,
pues el alma le infundís.

Estábame yo en la aldea
de vuestra ausencia (y no hay corte,
ausente vos, que lo sea)
acerté a ver ese norte,
que en dulce tálamo vea;
comencé en aquel instante
a levantarme del suelo
y a ser don Dionís amante,
como cuando el sol del cielo
levanta su flor gigante.

Y ansí, mirándoos a vos,
tengo de andar por extremos,
hasta que permita Dios
que mude el nombre y estemos,
flor y sol, juntos los dos.

FELIPA: ¿Quién puede a palabras tales
resistir? Digo, señor,
que si prendas y señales
no las siente el pagador,
se acaben ya nuestros males.

Mañana en la noche quiero

que entréis conmigo en palacio.
No digo más; que no espero
beber la purga despacio,
cuando de vergüenza muero.

DIONÍS: Dame, mi señora, en prendas
de tal dicha, algún favor
con que más mi amor enciendas.

FELIPA: Tomad; que al buen pagador
jamás le dolieron prendas.

Dale una banda, y vase

DIONÍS: ¡Oh banda, cuyos despojos
echan en esta conquista
a una banda mis enojos,
y para darme a mí vista,
la quita amor de sus ojos!

Ya de mi esperanza blanda
será cierta la demanda,
pues para la posesión
sois carta de obligación;
¡mil veces dichosa banda!

Sale RAMIRO

RAMIRO: (En obligación me ha puesto
el día largo y prolijo,
si no le divierto en esto,
porque, como César dijo,
quien hace bien hace presto.

A don Dionís quiero hablar;
que el aplacar enemigos,
cuando es menester usar
de verdaderos amigos,
siempre es digno de estimar.)

DIONÍS: Mil veces seáis bien venido,
don Ramiro; que jamás
con más gusto he recibido

a amigo, ni los demás,
respeto de vos, lo han sido.

Considerad si en el mar
contra un vaso frágil roto,
sin prevenir ni pensar
tan gran tormenta el piloto,
se comienza a levantar,

¡qué gran contento tuviera
si entonces saliera el sol,
y el norte reconociera,
porque del muerto farol
las muchas faltas supiera!

Yo, amigo, en el mar de amar
en vaso harto pequeño
comenzaba a navegar;
llegó la noche, entró el sueño,
turbóse confuso el mar.

Era el vaso el corazón,
la infanta el mar, la esperanza
el farol; y a una ocasión
faltaron luz y bonanza,
y creció mi confusión.

No sabía yo de mí
ni estaba cierto de vos;
de vuestra lealtad temí;
pero vino el sol que Dios
crió y formó para mí;

halléme desengañado,
reconocí luego el puerto,
reparé el vaso quebrado;
ya estoy de mi dicha cierto,
y de vos muy confiado.

Conocí que no os amó
la infanta, y no pretendéis
su amor, ni ella me ofendió;
que esta noche me veréis
entrar en su cuarto yo.

Voyme; que estoy prevenido
para esta noche; que en ella,
don Ramiro, he merecido

gozar a mi infanta bella.
Adiós; el secreto os pido.

Vase

RAMIRO: Lo que yo más deseaba
era esta nueva, dichosa
para quien de ella gozaba;
ya mi esperanza engañosa,
aveve infanta, se acaba.
 Antípodas me parece
que somos Dionís y yo,
pues que, cuando en mí anochece
el sol de amor, le salió,
y en su ventura amanece.
 Pero no puedo creer,
infanta, tan gran mudanza;
engaño debe de ser,
o lo será mi esperanza,
porque la tengo en mujer.
 Aunque mi corta ventura
y tu nobleza me asombra;
pero no hay prenda segura;
que es la mujer y la sombra
de cualquier color oscura.
 Mal dije; que mi señora
es leal; temor, mentís,
pues la memoria no ignora
que en nombre de don Dionís
os favoreció hasta agora;
 y con el nombre sin duda
de este engañoso recelo
mi competidor se ayuda;
que es la infanta como el cielo
glorioso, que no se muda.
 Y si es por mí su afición,
bien le puedo yo quitar
mi hacienda toda al ladrón.
La bendición le he de hurtar,
pues me llama la ocasión.

Vase. Salen don DUARTE y SANCHA

SANCHA: Por Dios, señor don Düarte,
que vos solo me faltáis
de mi copia, y ya llegáis
a darme memoria y parte
de vuestros deseos ardientes,
que en palacio no son pocos,
porque esta jaula de locos
no cabe de pretendientes.
El rey está aficionado
a una niña que es como él,
la infanta doña Isabel
con quien está concertado.
Don Ramiro y don Dionís
están perdidos los dos.

DIONÍS: ¿Por quién?

SANCHA: Dadme cuenta vos
de la dama a quien servís,
porque no quiero yo agora
que améis los tres a una dama,
y dar celos a quien ama,
en riesgo de tal señora.

DIONÍS: Vargas, tu mano es tan buena,
que al órgano he comparado
la corte, que no tocado
de esas tus manos, no suena.
Una tecla vengo a ser
del órgano cortesano;
si tú no pones la mano,
no he de sonar ni tañer.
Quiero bien a doña Inés;
por ella, Vargas, suspiro.
Don Dionís o don Ramiro
¿preténdenla?

SANCHA: No, otra es.

DUARTE: Pues, Vargas del alma mía,
dile mi pena mortal.
Toma esta joya en señal.

SANCHA: Tomar es bellaquería,
porque alcahuete por toma
no se imagina bien de él,
y una mitra de papel
le dan sin bulas de Roma;
y alcahuete que lo usa
por su deleite no más,
o no le culpan jamás
o no falta quien le escusa.

Dadme vos una memoria,
porque, o no ha de ser quien es
Vargas, o con doña Inés
habéis de hacer pepitoria.

DUARTE: Pues, adiós, tercero mío.

Vase

SANCHA: La infanta viene; hoy sabré
en qué punto está la fe
que en don Ramiro confío.

Sale doña FELIPA

FELIPA: Vargas, muy quejosa vengo
de vuestra prolija ausencia.

SANCHA: Sabe Dios la diligencia
que yo en vuestras cosas tengo.

FELIPA: No se me luce, en verdad.

SANCHA: Bien parece, mi señora,
que no sabéis vos agora
mi cuidado y voluntad.

FELIPA: ¿Es cuidado que os desvela?

SANCHA: Esa palabra me agrada;
que viene bien comparada
mi diligencia a la vela,
pues yo me consumo y quemo
para alumbraros a vos;
que os sirvo, y bien sabe Dios

lo que lo siento y lo temo.

FELIPA: No sé cómo puede ser,
supuesto que vos no amáis
al galán por quien terciáis,
porque vos no sois mujer.

SANCHA: Es verdad, muy bien decís;
pero importa diligencia,
como tienen competencia
don Ramiro y don Dionís;
pues cada cual forma queja
y se pretende ofender,
y otra fábula ha de ser
de la lechuza y corneja,
que una a otra se rompía
el nido y los huevos de él,
y de un rigor como aquél
ningún polluelo nacía.

FELIPA: Pues yo, que consideré
que en ocasiones de amor
quien lo siente habla mejor,
por mí misma negocié.
Y al fin, pues he negociado
por mí misma, yo también
quiero conseguir el bien
que he por mí misma alcanzado.
Con nombre de don Dionís,
volvió Ramiro al terrero,
y aquesta noche le espero
por mi esposo.

SANCHA: ¿Qué decís?

FELIPA: Que queda ya concertado
el tiempo en que le he de ver,
sin tener que agradecer
a vuestro poco cuidado.

Vase

SANCHA: Espera, enemiga mía,
sirena del mar, escucha,

pues de la grave tormenta
que yo lloro y siento, gustas.
¿Que ya el concierto está hecho?
¿Que ya me llevas y usurpas
en un día cuanto el alma
abrasada en tantos busca?
Suspiros y pensamientos
que ya se encuentran y juntan,
vientos han de ser que paren
en tempestades confusas.
Loca estoy; bien estoy loca,
que a quien faltó la ventura,
falta el jüicio, y no siente
el rigor de su fortuna.
Jüicios enamorados
con facilidad se turban;
que como es poca su luz,
quedan con un soplo a oscuras.
¡Ah de palacio! ¡Hola, gente,
guardaos! Que suelta su furia
la tormenta de mis celos
en el mar de mis injurias.
Ayuda, amor, que la tormenta es mucha,
mas ¿cómo puede dar un ciego ayuda?

Sale CABELLO

CABELLO: ¿Quién da voces por aquí?
Vargas o Sancha, ¿qué angustias
te obligan a que alborotes
la gente que nos escucha?

SANCHA: Tente, necio, no te anegues
en el mar donde fluctúan
las desdichas que me llevan
al puerto de mis locuras;
tente, que te mojas, tente.

CABELLO: ¿Ya tenemos garatusas?
¿Adónde diablos me mojo?
O estás sin seso o te burlas.

SANCHA: ¿No ves en el mar de agravios
las olas negras y turbias
de mis celos, que combaten
la casi rota chalupa
de mi burlada esperanza?
Échate a nado, si gustas
de ayudarme en la tormenta.

CABELLO: Tu jüicio las afufa.

SANCHA: ¡Ah perro! ¿Anegar me dejas?
Lealtad al fin como tuya.
Yo te mataré, villano.

Golpéale

CABELLO: ¡Ay, que me pelas! Escucha.

SANCHA: Conmigo te has de embarcar.

CABELLO: ¿Cómo, si está más enjuta
la tierra que están tus cascos?
(En creciente anda la luna.)

SANCHA: No me repliques, traidor.

CABELLO: (¿Quién me trujo aquí?)

SANCHA: Desnuda
la ropa y échate a nado.

Quítanse las capas los dos

CABELLO: Échome a nadar, con Judas.

Válgate el diablo por Vargas.

SANCHA: ¡Ea, nada!

CABELLO: Si me empujas.
¡Cuerpo de Dios, y qué amarga
que estaba el agua, y qué sucia!

Escupe

SANCHA: ¡Ea, sube en mi galera!

CABELLO: ¿Ésta es galera?

SANCHA: ¿Eso dudas?

La galera de mi amor,
que, cortando las espumas
de imposibles y de estorbos,
a vela y remo procura
llegar a "Buena Esperanza".

CABELLO: Yo llego a mala ventura.

SANCHA: Ea, ¿no tomas un remo?

CABELLO: Luego ¿vengo a ser en suma
galeote?

SANCHA: Soylo yo,
villano, ¿y eso preguntas?
En la galera de amor
todos reman, todo es chusma,
que aunque no hay amor forzado,
forzadas almas injuria.
Ea, que no faltará
bizcocho negro de angustias,
que en vinagre de sospechas
mojes, que es comida suya.
Vaya.

CABELLO: Vaya con el diablo.

SANCHA: ¿Remas?

CABELLO: ¿No lo ves?

SANCHA: Procura
no dar enojo al agravio,
que es cómitre de la trulla.
Buen viaje.

CABELLO: Buen viaje.
¡Heme aquí sin tener culpa,
de lacayo, galeote!

SANCHA: ¡Qué bien que la quilla surca
las olas de mis temores!
Mas ¿no ves cómo se ofusca
entre nubes de sospechas
el cielo de mis venturas?

CABELLO: Ya lo veo. (¡Oh si se hiciese
pedazos ya, y mi fortuna
me librase de esta loca,
que me ha de matar sin duda!)

SANCHA: Perdidos somos.
CABELLO: Seamos.
SANCHA: ¿No ves las galeotas turcas
que nos vienen dando caza?
CABELLO: ¡Y cómo!
SANCHA: ¿Cuántas son?
CABELLO: Muchas.
Una, dos, veinte, doscientas.
SANCHA: Mientes, perro, no es más de una;
pero ésa llena de celos,
que son turcos.
CABELLO: Sean lechuzas.
SANCHA: Huyamos. Boga, canalla.

Dale

CABELLO: Quedo. (¡Mal haya la puta
de mi abuela!) Que me matas.
SANCHA: Lo que se usa, no se escusa;
eso se usa en la galera.
Rema apriesa; que se junta
el enemigo y dispara
balas de agravios y injurias.
La galera se va a fondo;
ya la han entrado, ya busca
a mi don Ramiro ingrato
la infanta. ¡Amor la destruya!
Capitán de la galera
la ha hecho mi desventura,
y si cautiva a mi amante,
que ha de matarme ¿quién duda?
¡Oh quién se volviera agora
la cabeza de Medusa
para convertille en piedra!
Mas ¿por qué, si es piedra dura?
Sólo un remedio hay, Cabello,
que en aquesta coyuntura
pueda esconder a Ramiro
y hacer mi dicha segura.

CABELLO: ¿Y es?
SANCHA: Que te hagas ballena,
y pues que la infanta busca
a Ramiro, te le tragues;
que, no hallándole, no hay duda
que se vaya y que nos deje.
¡Linda traza!
CABELLO: Como tuya.
¿Cómo diablos he de ser
ballena yo?
SANCHA: No hay excusas.
Abre la boca.
CABELLO: Ya la abro.
SANCHA: Ea, trágale; ¿qué dudas?
CABELLO: Vaya.

Hace que se traga una cosa grande

SANCHA: ¡Ah perro! no lo muerdas.
CABELLO: Que no le muerdo ¡con Judas!
Sin ser de Madrid, me has hecho
ballenato. ¿Hay mayor burla?
SANCHA: Ya le busca mi enemiga,
y a todos por él pregunta;
no le ha hallado; y se fue;
venció mi amorosa industria.
bien puedes volverle a echar;
escúpele aquí.
CABELLO: ¿Que escupa?
Ves aquí escupo.
SANCHA: ¿Qué es de él?
CABELLO: ¿Qué diablos sé yo?
SANCHA: ¿Tú le hurtas,
traidor?
CABELLO: ¿Yo? Pues ¿para qué
le quiero?
SANCHA: Échale.
CABELLO: Sin duda
que, como entró por la boca,

salió por la puerta sucia.

SANCHA: ¡Ah villano! ya te entiendo;
ya sé que esta noche gustas,
llevándosele a la infanta,
hacer que sea esposa suya.
Concierto es de entre los dos;
ser su alcahuete procuras.

CABELLO: ¿Quién vio ballena alcahueta
por más cuentos o aventuras
que haya visto en Amadís?

SANCHA: Ballena infame, no huyas;
dámele, pues le tragaste,
que es carne, y no tienes bula.

CABELLO: ¡Quedo, con todos los diablos!
Que eres de casta de bubas,
que me vas pelando todo.
Barrabás te aguarde.

Vase

SANCHA: Escucha.
Mas huye, cruel Ramiro; que aunque huyas,
adonde sobra amor, vence la industria.

Vase. Sale doña FELIPA

FELIPA: El que te pintó con alas,
Amor, fue su pensamiento
decir que en atrevimiento
a cualquier monstruo te igualas.
Bien te puedes disponer
a darme en esto, ocasión,
tus alas; que el corazón
otras dos ha menester;
y con cuatro alas querría
ser efimerón de amor,
aunque es gusano, en rigor,
que nace y muere en un día.

Sale RAMIRO

RAMIRO: (El reloj que traigo al pecho,
que es la memoria y cuidado,
la hora pienso que ha dado
que señala mi provecho.

 ¿Si hallaré ya prevenida
a la infanta, en quien deseo
hacer el dichoso empleo
para el caudal de mi vida?

 Ella es; quiero llegar.)

FELIPA: ¿Es don Dionís?

RAMIRO: No, señora;
que si lo he sido hasta agora,
ya no es tiempo de engañar.

FELIPA: Determinado venís.

RAMIRO: Si ya os gozo, no es razón
usar la equivocación
del nombre de don Dionís.

 Hasta agora mi temor,
mi cuidado y mi secreto
usaba este ardid discreto,
y era este nombre mejor.

 Hasta agora en ser tercero
tenía, señora, gusto;
pero desde aquí no es justo
sino el nombre verdadero.

FELIPA: Decís muy bien, don Ramiro;
desengañado venís;
pero el nombre de Dionís
con buenos ojos le miro;

 que como por aquel nombre
vengo hoy a adquirir mi bien,
justo es que le quiera bien;
que ese nombre os ha hecho hombre.

RAMIRO: Yo quiero el nombre por mío;
llamadme así, si conviene,
pues un mismo nombre tiene,

con ser diferente, el río.

¿No es río, señora mía,
las aguas y la corriente
que lleva? ¿Y no es diferente
agua y río cada día?

FELIPA: Claro es.

RAMIRO: ¿No llega a tener
cada día nombre nuevo?

Pues ansí soy río que llevo
al mar de amar y querer
mi larga corriente y curso,
haciendo con su mudanza
más fértil a mi esperanza,
y más caudal mi discurso.

Nombre pudiera mudar
el río y yo cada día;
mas si vos, señora mía,
el mismo me queréis dar,
juzgaréis como prudente
que yo soy río, y no quiero
mudar el nombre primero,
aunque ya soy diferente.

Si de este nombre os servís,
y en él mis provechos miro,
góceos a vos don Ramiro,
y llamadme don Dionís.

FELIPA: ¡Qué bien lo decís!

RAMIRO: Señora,
perdonadme cuando sea
mi pensamiento de aldea;
que no la olvido hasta agora.

Y mal la pienso olvidar,
pues pienso, señora mía,
que allá fui un tronco que había
en el campo por labrar,
y a vos, divino escultor,
os parecí de provecho,
pues de un leño me habéis hecho
un ídolo del amor.

FELIPA: Vuestra soy, y ansí no os puedo

alabar, porque es muy poca
la gloria en su misma boca.
Gente viene, y tengo miedo;
 entrad, esposo y señor;
que con esa confianza
hoy se muda la esperanza
en la posesión de amor.

RAMIRO: Vamos, que vuestra hermosura
aumentará el ansia mía,
como el agua clara y fría,
que aumenta la calentura.
 Y porque mi amor entiendas,
te doy la mano.

FELIPA: Señor,
como eres buen pagador,
nunca te dolieron prendas.

Vanse. Sale SANCHA, de mujer, en el parque

SANCHA: Permitido es el engaño,
conforme a ley de derecho,
contra aquél que hubiere hecho
por otro engaño algún daño;
 y si es sola la intención
ya dispuesta y prevenida,
por ley justa y permitida,
puedo robar al ladrón.

 Don Ramiro ha de venir
por la infanta, a quien gozar
pretende; aquí me ha de hallar;
su dama me he de fingir.

 Alma, a buen hora venís;
ya he entendido la cautela
con que su amor se desvela
con nombre de don Dionís.

 Aunque finja aqueste nombre,
pues en sus engaños miro,
ya sé que con don Ramiro
viene encubierto el renombre.

Sale don DIONÍS

DIONÍS: (La hora es ésta esperada
de un alma que aguarda en ella
gozar de su infanta bella
la posesión deseada.)

SANCHA: (Él es; que no puede ser
haber entrado hasta aquí
otro galán.)

DIONÍS: ¿Sois vos?

SANCHA: Sí.

(¡Oh amor, grande es tu poder!)

DIONÍS: ¿Cómo, mi bien, no venís?

SANCHA: (¡Que mi gloria ha de ser tanta!

Pero llámale la infanta
por su gusto don Dionís,
y así le he de llamar yo
por gozalle con recato;
que es, siendo Ramiro, ingrato,
y siendo don Dionís, no.)

[Habla] bajo

DIONÍS: Señora, esa dilación
me ofende; que descubierta
tras de la tormenta el puerto,
la gloria tras la pasión,
ya parece tiranía
dilatarme tanto el bien.

SANCHA: Eso digo yo también.

DIONÍS: Venid, pues, infanta mía;
que no soy dueño de mí
desde que el alma os miró.

SANCHA: ¿No tenéis voluntad?

DIONÍS: No.

SANCHA: ¿Y yo en vuestro nombre?

DIONÍS: Sí.

SANCHA: Pues yo os mando que me deis
la mano.

DIONÍS: ¿Mándasme a mí?

[.....-í?]

[.....-éis?]

Alma y mano vesla aquí,
y los brazos, porque entiendas
cuán poco me duelen prendas.
¿No soy buen pagador?

SANCHA: Sí.

*Vanse. Salen el REY, don PEDRO, don ALFONSO, y
ACOMPAÑAMIENTO*

REY: Vengáis con bien, gran prior.

ALFONSO: Señor, ¿Vuestra Majestad
me recibe? ¡Gran favor!,
aunque se debe a mi edad,
y con mi edad a mi amor.

REY: A los servicios lo debo
también, y si es tan debido
favor, justa causa llevo,
y así los brazos os pido
para pagaros de nuevo.
¿Cómo llegó mi señora
la reina?

ALFONSO: Con mucho gusto
de Castilla que la adora,
aunque lleva con disgusto,
señor, vuestra ausencia agora.
Mil regalos os envía,
y quisiera mil abrazos.

REY: ¡Ay madre del alma mía!

PEDRO: También esperan mis brazos,
prior, su nueva alegría.

ALFONSO: Señor, déme vuestra alteza
sus manos.

PEDRO: El rey nos mira.
Basta ya.

ALFONSO: De su grandeza
la fama misma se admira
por su valor y nobleza.

REY: ¿No se dice allá en Castilla
el gobierno y la prudencia
de mi tío?

ALFONSO: Es maravilla
del mundo, que en su presencia
no se permite decilla.

PEDRO: Hasta agora, gran señor,
no se ha podido mostrar
sino la paz y el favor;
agora comienza a usar
Vuestra Majestad valor;
que en la guerra que publica
contra el África, sospecho,
si envía a quien le suplica,
que ha de mostrarle mi pecho
una voluntad muy rica.

REY: No quiero yo que vais vos,
señor infante, a la guerra,
no yendo juntos los dos.

PEDRO: Si por ángel de la tierra
y del mar os puso Dios
(que el ángel que vio San Juan
en mar y tierra mostraba
que el buen rey y capitán
en tierra y en mar estaba
diestro, animoso y galán),
bien podéis cuando tengáis
edad, salir en persona;
pero agora no salgáis;
que vuestra edad os perdona
por el valor que mostráis.

REY: Ya veremos en consejo
lo que más conviene. Adiós;
bien acompañado os dejo.
Dichoso el rey que en los dos
tiene su amigo y espejo.

Vase con el ACOMPAÑAMIENTO

PEDRO: Divino y raro valor
muestra el rey.

ALFONSO: Con tal maestro
no puede menos, señor.

PEDRO: Por merecerlo, le muestro
tantos extremos de amor;
pero de alguna tristeza
parece en el rostro noble
la señal y la aspereza.
Decida; que siento al doble
esa pena.

ALFONSO: Vuestra alteza
me ayude a sentir también
mi desconsuelo.

PEDRO: ¿Qué ha sido?
¿Quién os ha ofendido?

ALFONSO: ¿Quién
sino el cielo? Que he perdido,
señor, la mitad del bien.
A don Ramiro envié
a la corte...

PEDRO: Ya está en ella
de suerte que en él se ve
ser la más luciente estrella
de Portugal.

ALFONSO: Ya lo sé;
mas doña Sancha, su hermana,
a quien yo dejé en la aldea,
no parece; que inhumana
nuestra fortuna, desea
hacer mi esperanza vana.
En Momblanco estuve ayer,
y no he tenido otro indicio
de cuantos pude tener,
sino decir que es oficio
la mudanza en la mujer.

PEDRO: Ese justo sentimiento

no sabré decir, prior,
con cuánto extremo le siento.

ALFONSO: Y yo me espanto, señor,
que no me mate el tormento.

PEDRO: De don Ramiro sabré
si tiene noticia alguna.

ALFONSO: No se lo digáis...

PEDRO: ¿Por qué?

ALFONSO: ...hasta ver si mi fortuna
me ampara y me guarda fe.

Salen CABELLO y TABACO [hablando aparte]

TABACO: ¿Hablas de veras, Cabello?

CABELLO: ¿No te lo dice su cara?

TABACO: ¡Que Sancha es el enanillo!

¡Válgate el diablo por Sancha!

Digo que es la piel del diablo.

¿Mas que la corte enmaraña?

CABELLO: No lo has de decir a nadie.

TABACO: No hablaré más que una urraca.

Pero ¿el gran prior no es éste?

¡Oh señor de mis entrañas!

Vengas con los buenos años;

pon en mi boca esas patas.

Triste estás; ¿qué es lo que tienes?

ALFONSO: No sé, Tabaco; levanta.

TABACO: Aquí está también Cabello.

Llega.

CABELLO: (¿Qué haces, diablo? Calla.)

ALFONSO: Cabello, ¿qué haces tú aquí?

TABACO: Pues ¿no sabes lo que pasa?

Hácele señas CABELLO de que calle.

(No lo diré, si esta vez,
a nadie.) Sabrás que Sancha,
la pastora de Momblanco,

que a todos nos enredaba,
y tú, señor, querías tanto,
ya no es Sancha, sino Vargas.

PEDRO: ¿Qué dices?

TABACO: Lo que éste dice.

CABELLO: ¡Qué bien el secreto guardas!

PEDRO: (Tiene razón. El enano
es Sancha; desde que en casa
entró, me ha tenido en duda
y sospechoso su cara.
Bien dije yo que otra vez
la había visto.)

TABACO: ¡Hay tal muchacha!

ALFONSO: Pues ¿qué es aqueso, señor?

PEDRO: Que ya ha parecido Sancha
por el modo más notable
que en este siglo oyó España.

ALFONSO: ¿De qué modo?

PEDRO: Está en palacio
y, con la mejor maraña
que vio el mundo, sirve al rey,
en enano disfrazada.

ALFONSO: ¿Cómo es aquesto, Cabello?

CABELLO: (Agora colgarme manda.)
Lléveme el diablo, si tengo
más culpa yo que una albarda.
Murió un enano en Momblanco,
vistióme de aquesta traza,
y con las enanas ropas,
sin saber dó me llevaba,
me trujo aquí a Santarén.

ALFONSO: Desde hoy se alegran mis canas.
¡Extraordinario suceso!
Vayan a llamarla.

PEDRO: Vayan.

*Vanse CABELLO y TABACO. Salen el REY y don
DUARTE*

REY: ¿Qué alboroto es éste, infante?

PEDRO: Si un rato, señor, aguardas,
verás de un agudo ingenio
marañas extraordinarias.

Vuelven CABELLO y TABACO con SANCHA, de dama

SANCHA: ¿El gran prior ha venido?
¡Señor mío!

REY: ¡Vargas!

ALFONSO: ¡Sancha!

REY: ¿De mujer?

SANCHA: Si mujer soy,
rey y señor, ¿qué te espantas?

ALFONSO: ¿Qué atrevimiento ha sido éste?

SANCHA: De amor, que como tiene alas,
las toma para emprender
los imposibles que alcanza.
Robóme el alma Ramiro
desde mi primera infancia,
vínose aquí, y yo tras él
vengo en busca de mi alma.
Con tu licencia, es mi esposo.

ALFONSO: ¿Qué dices?

SANCHA: Agora acaba
de consumarse, señor,
matrimonio y esperanza.

ALFONSO: ¿Qué dices, loca? ¿No ves
que eres de Ramiro hermana?

PEDRO: ¡Jesús mil veces!

SANCHA: ¡Ay cielos,
engañóme la ignorancia.
Mano me ha dado de esposo,
y poniendo su palabra
por obra, al fin me gozó.

TABACO: Pues averígüelo Vargas.

PEDRO: Llamad a Ramiro aquí.

SANCHA: Encerrado está en la cuadra,
que ha sido de aqueste incesto

tercera muda.

DUARTE: ¡Desgracia
notable!

SANCHA: Aquéste es que sale.

Sale don DIONÍS

SANCHA: ¡Don Dionís!

DIONÍS: Infanta amada...

SANCHA: Luego ¿no eres don Ramiro?

DIONÍS: Luego ¿no eres tú la infanta
que, gozando por esposa,
aseguró mi esperanza?

PEDRO: ¿Cómo es eso, don Dionís?

DIONÍS: Pudiera ser, ya no es nada.

SANCHA: Señor, lo que pasa es
que Ramiro sirve y ama
a la infanta, mi señora;
supe que habían dado traza
de desposarse esta noche,
y yo, que celosa estaba,
creyendo ser don Ramiro
don Dionís, dentro la cuadra
de la infanta, como esposo,
le di posesión del alma.

PEDRO: Del mal lo menos.

DIONÍS: ¿Quién es
mujer que a todos engaña?

SANCHA: Yo soy Sancha, una pastora.

DIONÍS: ¡Ay cielos! ¿Mujer tan baja
ha de ser mi esposa?

PEDRO: Paso,
don Dionís, que es doña Sancha,
hija del rey don Düarte,
y del rey Alfonso hermana.

DIONÍS: ¡Válgame el cielo!

SANCHA: ¿Qué dices?

PEDRO: La verdad.

ALFONSO: Y confirmada

por mí, señor, que a Ramiro
y a doña Sancha, la infanta,
he criado en traje humilde,
por mandado del rey.

REY: Basta.

Dadme, hermana, aquesos brazos.

CABELLO: ¡Válgate el diablo por Vargas!

DIONÍS: Perdonad, infanta hermosa.

SANCHA: Ya doy por bien empleada
la burla que me hice a mí,
pues sois dueño de mi alma.

Sale RAMIRO

RAMIRO: Vos seáis muy bien venido.

ALFONSO: Don Ramiro...

RAMIRO: Doy mil gracias
al cielo, que ven mis ojos
mi contento en esas canas.--

[Al Rey]

Gran señor, si amor disculpa,
si me anima tu privanza
y si merece el amor
con que al cielo me levantas
perdón de un yerro amoroso,
sabrás que soy de la infanta
tu prima, del infante hija,
tu tío...

REY: ¿Qué eres? Acaba.

RAMIRO: Esposo. Dame la muerte.

REY: Los brazos te doy. Levanta.

DIONÍS: ¿Los brazos?

REY: De hermano.

RAMIRO: ¿Cómo?

PEDRO: Y mi sobrino.

RAMIRO: ¿Qué aguarda

mi dicha?

PEDRO: Llamad aquí
a doña Felipa.

Sale doña FELIPA

FELIPA: Es tanta
mi vergüenza, gran señor...

PEDRO: Ya vuestra vergüenza tarda.
Don Ramiro es vuestro esposo,
y don Dionís de la infanta
doña Sancha.

SANCHA: Tus pies beso.

DUARTE: Si hoy es día de hacer gracias,
a doña Inés te suplico
que me des.

FELIPA: Inés, mi dama,
será, conde, vuestra esposa.

REY: Y yo prometo dotalla.

DUARTE: Vivas infinitos años.

TABACO: Pues que nadie a mí me casa,
Cabello, casaos conmigo.

PEDRO: No más enanos en casa.
Dad a Felipa, Ramiro,
la mano en prendas del alma.

RAMIRO: Si al buen pagador, señor,
no le duelen prendas, bastan
aquestas para obligarme
a darlas con justa paga,
como en la parte segunda
prometo, si ésta os agrada.

FIN DE LA COMEDIA